

San José, Costa Rica 1927 Sábado 23 de Abril

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *Wall Street*, por Alberto Masferrer.—*Ensayos*, por Moisés Vincenzi.—*Ocaso en la Plutocracia*, por Luis Bello.—*Conceptos acerca del poeta Edmundo Velásquez*, por E. Castillo, R. Carbonell y G. Rueda.—*Página lírica* de Edmundo Velásquez.—*Los nuevos Fúcares*, por Andrenio.—*La mala fe del bachiller Rojas, según el señor Ramiro de Maeztu*, por Enrique Espinoza.—*Un misionero*, por Azorín.—*Una hora con Agustín Nieto Caballero*.—*Así cayeron Nicaragua, Santo Domingo y Haití*, por J. Quijano Mantilla.—*Mensaje*, por Manuel Ugarte.—*Párrafos encendidos*, de Agustín Nieto Caballero.—**LA EDAD DE ORO:** *La muerte de Milord*, por F. Proaño.—*Como el alpaca solitario*, por E. M. Hostos.—*Scott*, por H. Quiroga.—*Bibliografía titular*.

EN la ciudad monstruosa, monótona y abrumadora, lejos de las calles interminables y de las avenidas suntuosas, cerca ya del Puerto, y como buscando hacia donde la estatua de la Libertad destaca su colosal mentira, se abre *Wall Street*, breve y tortuoso callejón, sin aire, sin gracia y sin luz.

Por ahí cerca, aplastada bajo los edificios de quince pisos,—enjambres de oficinas,—se asfixia una antigua iglesita, con cementerio al pie, tal como se erigían en tiempos de fervor, cuando la vida no era simplemente aritmética, mas también religión; cuando los hombres sabían que los sepulcros marcan el límite de toda opulencia, y que el sorber la sangre del prójimo no es el mejor camino para llegar a Dios. Esta iglesita ha de prestar ahora buenos servicios a los millonarios fatigados, cuando, tras las jugadas azarosas de la Bolsa, por la mañana, y mientras llega el instante de devorar un lunch escueto, sienten necesidad de engañarse a sí mismos haciendo una breve oración, en la cual, sin duda, los vagos pensamientos religiosos irán mezclados con tiránicas obsesiones mercantiles, y con súbitas iluminaciones para elevar o deprimir los valores en cotización.

A la entrada de *Wall Street*, en el número 1.º, se hallaba en 1920 la Dirección de *La Reforma Social*, del atrevido publicista Jacinto López, quien había ido a tejer sus sueños de libertad y de justicia en la propia boca del monstruo. ¿Premeditación o coincidencia? No sé; pero aquella oficina de periodista, instalada ahí como una mariposa en las fauces de un cocodrilo, era, ciertamente, sugeridora de muchos pensamientos...

En ese rincón atestado de oficinas y de vehículos, la religión ha sucumbido, según lo atestigua aquella mísera iglesita que gime bajo los ascensores rechinantes y bajo el hálito venenoso de los rascacielos. El *dollar*, imperante y definitivo bajo el complicado utilaje de la Finanza, ahoga al Templo; y el repiqueteo de los timbres eléctricos, anula el clamor de las campanas, que llaman en vano a unos fieles que ya no existen. Desterrada la fe, ¿quién vendrá a combatir con el Dios Amarillo, contra el Dólar Tododeroso?

Wall Street



Por

Alberto Masferrer

En esta calleja tortuosa, que parece ocultarse del sol, como si la claridad le hiciera daño, en edificios infrahumanos, contruidos únicamente para ejecutar sumas y restas, para incubar emboscadas bursátiles y combinaciones de política lucrativa, trabaja el Hombre-Dólar, el ser extraño y loco, de alma bestial y reducida mente, que dispone y maneja los destinos de América. Ahí se pasa, horas y horas, calculando, con la frialdad y la seguridad de una máquina. A no ser por su respiración, se le tomaría por un autómatas: aquellos ojos fríos, aquellos labios comprimidos, aquella tez pálida y tensa, aquellas sienas exangües, aquella frente dura, aquella nariz que no palpita nunca, encubren el alma incipiente o atrofiada del César yanqui, el multimillonario de *Wall Street*.

Wall Street es un nombre revelador: significa *la Calle murada, o tapiada*. Viene de *Street*, calle, y *Wall*, pared, muro, tapia; muralla de un recinto fortificado; obra de albañilería que sirve para separar, cercar, etc., etc. El verbo *to wall*, significa emparedar, tapiar, cercar, murar, etc., etc.

Así, pues, *Wall Street* es, literal y espiritualmente, la morada de los emparedados, de los que yacen aparte, de los que han

tapiado las puertas de su corazón, de los que han cercado su espíritu con una muralla inaccesible a la piedad. Aquellas casas y aquellas almas, son recintos fortificados, sin puertas ni ventanas para que entre *el hombre*, y sólo pertrechadas de sombrías troneiras que den acceso a las *noticias*, anunciadoras de la baja o del alza, de la ganancia o de la pérdida.

Desde ahí, el Hombre-Dólar, el César de aquella nueva Roma, trasmite, como una araña desde el centro de su red sutil, sus órdenes, aprobaciones o censuras, a sus servidores de la Casa Blanca...

¿Quién diría que esa Casa Blanca, tan blanca y apacible, tan callada y serena, que se alza entre sus verdes y anchurosos parques como un templo erigido a la paz... ¿quién diría que esa morada tan atrayente, tan suave y silenciosa, obedece con docilidad y premura las órdenes que le vienen de los hombres murados de *Wall Street*?...

Sin embargo, así es: ese territorio inmenso, grande como toda la Europa; esos ciento veinte millones de habitantes; ese enjambre de escuelas y universidades; esa red inmensa de ferrocarriles; ese diluvio de periódicos que consumen al día la madera de un bosque; esas instituciones sabias y ponderadas; esa nube de acorazados y destroyers; esas bibliotecas inagotables, donde los libros son millones; todo ese engranaje vasto y complicado y admirado, en que la materia y el espíritu parecen haber llegado a su culminación... todo eso es la materia prima que moldean los alienados de *Wall Street* en su afán perenne e insaciable de hacer dólares. Washington, Adams, Jefferson, Hamilton, Franklin, Emerson, y el incomparable, santo y heroico Lincoln; todo lo que forjaron y soñaron los Próceres en sus anhelos de justicia, ha venido a quedar entre las manos lívidas de un centenar de multimillonarios enfermos de codicia, cuya manía y empeño y pensamiento único es amasar dólares, atraer dólares, acarrear dólares, amontonar dólares, convertir en dólares la vida y el espíritu y la bondad y la justicia y el dolor y la miseria y la sangre del mundo.

Un manicomio sublevado, que logró maniatar a sus guardianes y enfermeros y

asumió el régimen del establecimiento, eso es Wall Street. Y la nación grandiosa que un tiempo fuera la esperanza de América, gime constreñida por ese poder satánico, el más duro, el más inhumano, el más árido y el más absurdo de cuantos ha conocido la Historia: una oligarquía de avariciosos, de amasadores de oro, para quienes el oro es principio y fin; medio y objetivo; criatura, incienso y dios.

San Salvador,
El Salvador.

Ensayos

Por MAX JIMÉNEZ

Una bella y sensata presentación de García Monge, el gran divulgador de cultura hispánica en América. Por sí solo el prólogo es la mejor invitación para leer el libro. El texto en sí revela condiciones artísticas, dignas de estímulo: *sobriedad, novedad y sentido filosófico de la vida*. Sobrio por la concisión del estilo y de las formas, por la visión sintética del paisaje exterior e interior del artista. Nuevo, por la factura de la frase, un tanto caprichosa; por la correlatividad modernista de las imágenes; por la originalidad de no pocas inquietudes psicológicas que sugiere el escritor. Reflexivo, por los temas que escoge, un tanto escépticos, y por la valentía con que afronta y resuelve los problemas que se propone.

Si se advierte que este es el primer libro de Max Jiménez, fácil es excusar algunos yerros, que en nada afectan la sustancia bien elaborada de la obra.

MOISÉS VINCENZI

San José, Costa Rica.
Abril de 1927.

LA COLOMBIANA

SASTRERIA

Francisco A. Gómez Z.

TELÉFONO 1283

Frente al Pasaje Jiménez. Al lado de la Botica Oriental

Ofrece a sus clientes y al público en general un surtido de casimires Club en series a ₡ 3.50 semanales. Haga una visita y se le darán detalles.

Cuenta con buenos operarios para la confección de sus trajes.

PRECIOS SIN COMPETENCIA

Dr. CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta.

Horas de oficina:

10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, p. m.

Contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Ocaso de la Plutocracia

=De El Sol, Madrid=

EN pocos días hemos visto hundirse grandes artilugios bancarios; en pocos meses hemos presenciado el terremoto financiero de Europa. Lamento no poder contribuir con alguna idea feliz a conjurar los peligros de la situación; pero tantas y tan poderosas inteligencias andarán a estas horas buscando salida, que desisto de aconsejarle al capital francés sistemas defensivos. Somos, además, artistas de tierra pobre. Bastante hacemos con lamentar, de buena fe, esta crisis aguda del Dinero. El Dinero no lo es todo en la vida. Alguna vez sostuve en público esta tesis, aunque no estoy seguro de haber convencido al auditorio: «Lo que más vale en nuestra vida no lo compramos con dinero».

Sin embargo, por todas partes han ido creándose limitaciones al uso de los elementos naturales. No compramos con dinero la vida; pero tenemos que ganárnosla todos los días, y hemos arreglado las cosas de tal modo que estamos pagándola eternamente con terrible interés. Parece que el aire y la luz del Sol no podrá meterlos nadie en los sótanos de un Banco, dentro de una caja de hierro. Sin embargo, el aire que respiramos y el Sol que nos alumbramos son lo mismo para todos. La cultura del espíritu no es la misma para todos. Allí donde el hombre considera que ha creado o ha transformado algo, pronto le pone precio.

Por eso, sin alegría ni delectación, impropia de ánimos generosos, debemos ver serenamente estos cataclismos económicos, por lo que ayudan a minar la superstición del Dinero. Renán, que estuvo siempre con los desheredados, dió al hombre de letras o de estudio—mejor suena «hombres de estudio» que «intelectuales»—la idea más digna y más concreta de su actitud ante la Plutocracia: «Llamo plutocracia—dice en su libro *Ciencia, Socialismo y Sociedad*—aquel estado social en que la riqueza es el primer nervio de las cosas, donde la capacidad y la moralidad se valoran generalmente (con mayor o menor acierto) por la fortuna; de tal manera que acaso el mejor criterio para averiguar dónde está lo más selecto de ese país, lo encontremos en el registro de la contribución...» «Todos los vicios de nuestro desenvolvimiento intelectual vienen de la plutocracia, y por eso nuestras sociedades modernas son inferiores a la sociedad griega.» Nietzsche creía lo contrario. En realidad, amaba en el Dinero, la fuerza. «En efecto—sigue Renán,— desde el momento en que la fortuna viene a ser el fin capital de la vida humana, o al menos la condición necesaria de todas las demás ambiciones, veamos que dirección van a tomar las inteligencias. ¿Qué hace falta para llegar a ser rico? ¿Ser sabio, erudito, filósofo? De ningún modo. Esto más bien es obstáculo. Quien consagra su vida a la ciencia puede estar seguro de morir en la

miseria si no tiene patrimonio o si no encuentra manera de utilizar su ciencia, es decir: si no encuentra medio de vivir fuera de la ciencia pura».

Y, sin embargo, Renán vivió dentro de la ciencia pura. No se le contaminó el espíritu de morbo plutocrático ni aristocrático: «Mi parte estará siempre con los desheredados.» Encontró un recurso mágico para escapar a la esclavitud del dinero: su trabajo y una vida sencilla y sin fausto. Como la del justo de Epicuro en la carta a Meneceo. También yo veo como un ideal de felicidad aquella estancia, grande y limpia de adornos, toda llena de libros hasta el techo, con una mesa ancha, sillón frailer y cuatro sillas que van ganando, poco a poco, los libros. Quizá en vez de este gato pirroniano, símbolo de la domesticidad, prefiramos nosotros una gran ventana sobre el mar que nos deje libre el camino de la aventura. Puede renunciar el hombre de estudio al dinero, pero será porque ha logrado—como Renán—su *minimum* y porque tiene, además, su independencia y su ideal.

Así preferimos ver completada en la vida de cada hombre—conforme al ritmo sereno del maestro—junto a los elementos y cualidades naturales que no se compran con dinero, los tres requisitos indispensables: el *minimum* de bienestar que a cada uno le es debido, el ideal y la libertad. Partiendo de lo que da Natura y aumentándolo a medida que nuestra civilización se perfecciona, recorreremos el camino a la inversa de Juan Jacobo. De esta manera no será en el porvenir tan profunda como hoy la diferencia entre hombres y hombres, por el hecho de haberse criado con distintos pañales.

A todos interesa la terrible y complicada crisis del Dinero; pero a muchos nos interesa más el drama del Trabajo. Esos tres requisitos indispensables faltan hace ya tiempo. Falta el ideal. Falta la libertad. Los beneficios del trabajo no aseguran el *minimum* de las necesidades. Si el capital logra salir con poco quebranto de esta curva y salva, una vez más, la situación, no por eso ayudará a resolver el otro problema. No es el suyo. Es el del prójimo. Lo cual equivale a decir que no es problema. El propio Renán dejaría sus manuscritos para asomarse a la ventana a ver pasar la bandera de la rebeldía.

LUIS BELLO

De gran interés

Para informarse del movimiento social, literario y artístico de España, suscribase a REVISTA POPULAR. 20 páginas quincenales con dibujos y caricaturas, 7 ptas. al año; pero con los libros que regalamos, le resultará gratis. Diego León, 8, Córdoba (España).

EDMUNDO Velásquez es el nombre de guerra del señor Santiago Rizo Rodríguez, joven intelectual ocañero que hace ya algunos años vive en Costa Rica, donde ha logrado conquistarse su puesto al sol como trabajador recio e infatigable. Pero las luchas de la vida no le han hecho olvidar el don poético que recibió de las hadas al nacer. Y, lo mismo que Cándido, cultiva un huerto diminuto, casi un jardín, en que florecen los lirios heráldicos y las rosas orgullosas de una poesía aristocrática y señorial en que todo es fino, selecto y sonoro.

Sus versos de un lujo asiático, en que las rimas chocan sonoramente como timbales de oro y en que las imágenes desfilan como almeas danzantes, recuerdan a cada momento ciertas creaciones en que el poeta andaluz Francisco Villaespesa puso todas las pompas de su fantasía, atávicamente moruna. Y lo mismo pudiera decirse de cierta fatiga voluptuosa y una mórbida sensualidad triste que se advierten en las producciones de Velásquez, como también de su tendencia a evocar los fastos heroicos de la raza y a glorificar a los caudillos hazañosos y a los conquistadores magníficos y crueles que a su paso dejaron una huella de sangre en los burgos de Flandes y en las ciudades misteriosas de la América virgen.

La sensibilidad de Velásquez es de la más legítima estirpe novecentista —para valerme de una palabra puesta a la moda por Eugenio d'Ors.— En la parte más sincera de su obra nos aparece como un joven fauno coronado de hojas de vid e ingenuamente enamorado de las ninfas que se bañan en las fuentes y duermen sobre los prados de narcisos y violetas. Y hay en su amor a la vida y en su avidez de goces una frescura y un hálito de juventud que seducen el espíritu. La fantasía se lo representa semejante al caprípedo mallarméano, contemplando el sol al través del pellejo de las uvas exprimidas como al través de un rubí maravilloso.

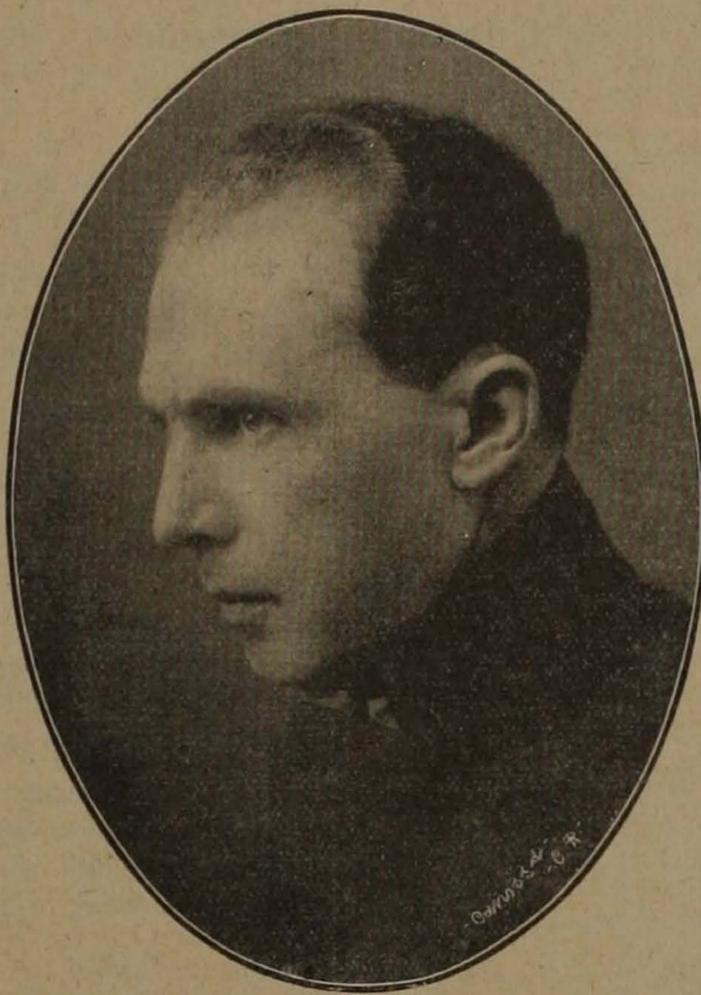
Sería muy de desearse que Edmundo Velásquez nos diera, en un libro pulcro y elegante, la flor de sus producciones. Se podría formar, con ellas, un florilegio de arte menor que le valdría a su autor un triunfo seguro. No siempre los grandes poetas son nuestros mejores compañeros y nuestros más dilectos confidentes. Y hay veces en que, al concierto triunfal de las liras apolonianas, se prefiere el son de la avena rústica, tañida por los dedos de Marsias.

EDUARDO CASTILLO

«El solo hecho de haber publicado un libro de sonetos, hace a un hombre encantador», ha dicho Oscar Wilde.

Según el concepto del atormentado poeta inglés, y que yo repito en el caso presente, la personalidad literaria de Edmundo Velásquez adquiere nuevamente un verdadero encanto, «porque vivió el poema que supo escribir, como otros escriben el poema que no osaron vivir». El autor de *Psiquis* es un exquisito sensitivo: un poeta culto y de-

Acerca del poeta



Edmundo Velásquez

licado que hoy nos ofrece su alma, toda emoción, como una rosa de cien pétalos, en un vaso precioso.

A veces, el alma romancesca de este soñador es a manera de un caminante, que en mitad del sendero se sentara a la sombra de algún árbol florido, y mirando hacia el camino recorrido, más allá allá del horizonte, se pusiera a recordar o a ensoñar... El poeta añora sus paisajes nativos. Pero añora sin tristeza desesperada y quejumbrosa; apenas si con cierta recóndita melancolía, suave y serena, como el fulgor de una estrella muy lejana...

A menudo se detiene a saborear, voluptuosamente, esta inefable melancolía, esta dulcísima nostalgia que él acierta a traducir en armoniosos alejandrinos.

Edmundo Velásquez nos dice de su alma en diáfanos sonetos. Tal parece que en este espíritu sentimental, ardiese aquel deseo expresado por D'Anunzio: «Es necesario vivir una hora suprema de llama, y desaparecer para siempre bajo tierra, antes que todo encanto se desvanezca, antes que todo muera». Y Velásquez pertenece a esa casta de hombres que, una vez tratados, dejan en nosotros un amable recuerdo. Para nosotros cualquier triunfo del poeta del ensueño, de la vida y del amor, es un día de íntimo regocijo, fiesta de hermanos; es algo que nos habla de nuestra propia juventud y que nos hace evocar aquellos encantados años de la revista *ESPIGAS*.

Un noble sentimiento panteísta parece trascender de sus poesías, como el perfume de una flor abierta. Su autor no es un avaro del lírico tesoro interior. El prodiga cantando el oro de su alma, y sabe elevarla,

con fervor pagano, ante el eterno altar de la Belleza, como si fuera un cáliz rebosante.

RAFAEL CARBONELL

Edmundo Velásquez es en la hora presente uno de los portaliras y escritores más celebrados de Colombia. Nos atrevemos a creer que Velásquez no ha afiliado su poesía a ninguna escuela que no sea la de su propio corazón ni estudiado otro libro que el gran libro de la naturaleza, y esto es lo que más ha circundado de admiración al poeta.

Leyendo las estrofas de Velásquez nos sentimos fuertes, nos sentimos con los pulmones llenos de aire nuevo; nuestra sangre corre con el movimiento acelerado que le impone el ejercicio del campo; nuestros músculos reclaman la lucha con el árbol y la fiera; queremos poseer ese amor y ese consuelo que brindan las gentes sencillas; queremos buscar esa paz eterna para cuyo amparo el alma es más grande, más compasiva, más sincera; nos invade el alma loca de ser hombres buenos; de sentir la fatiga del trabajo en la selva; de beber agua pura de la fontana «en el hueco de la mano» y de volver a la inocencia de cuando éramos niños y rezábamos a Dios las oraciones aprendidas de los labios de nuestras abuelitas.

Edmundo Velásquez no sigue otra corriente que la corriente de su propio espíritu, ni canta otra poesía que no sea la poesía de su propio huerto. Velásquez podría aconsejar asociándose al admirable escritor venezolano Juan Vicente González: «Hilad la seda de vuestro propio seno; libad vuestra propia miel; cantad vuestras canciones, porque tenéis un árbol, un panal y un nido».

El estilo de Velásquez es un estilo peculiar. En sus estrofas no se advierte el adorno ajeno ni la ajena joya, de manera que esas lindas chicuelas pueden salir de paseo sin temor de que en la calle cualquiera florista o joyero les reclame las rosas y diamantes que llevan en sus vestidos. Y hay en ese estilo tal sencillez, tal delicadeza y pulcritud, que el lector al hundir todo su espíritu en el fondo de esas estrofas, ve claramente, como en el fondo de una agua tranquila, el movimiento, el color, la pincelada, la línea, todo eso que constituye el alma de la estrofa; percibe el sonido, la nota, el ritmo que las musicaliza, y llega a comprender el estado psicológico bajo el cual fueron escritas y a compenetrarse hondamente del sentimiento que las informa.

A más de la propiedad del estilo, de la pureza y galanura de la forma, hay en las poesías de Velásquez una filosofía tan llana, tan fácil, tan natural, que un hombre ignorante o un niño, comprenden lo que esa filosofía encierra, llegan hasta la linde final y pueden establecer de su cuenta las comparaciones o el concepto definitivos.

GREGORIO RUEDA

Página lírica

de Edmundo Velásquez

Musa ingenua

Tu risa

Risa cascabelera, risa buena;
risa en los ojos y en los labios risa;
risa llena de sol, dulce sonrisa;
risa que pone fin a toda pena.

Risa que es un clavel en llama plena;
risa que te envidiara Monna Lisa;
risa, celeste don, triunfal divisa;
risa digna de ti, dulce morena.

Tu ser despide aroma de manzana;
tu aliento al sonreír es de reseda;
si te ríes, tu aliento es mejorana.

Y pensando en tu boca, real tesoro,
una herida con risa ella remeda
o un rasgado rubí fresco y sonoro,

Trazo

Como el arrullo de paloma en celo
tienes la voz; perfecta la cadera
anforina bajo la cabellera
ubérrima y oscura. Extraño duelo

Fulge en tus ojos; tu mirar evoca
el mirar de un cordero en agonía;
y hay en tu boca la sabiduría
honda de un beso y de una risa loca.

Tus breves manos son lirios nevados;
y en la apoteosis de tu seno hermoso
que pican dos rubies ensangrentados,

Culmina altivo, tal en ciertas pomas,
ese tono de múrice glorioso
donde Eros degolló dos mil palomas.

Inquietud

Este amor que nació como una aurora
radiante y que me incendia y enloquece,
de una tarde de lluvia que fenece
acendra la fruición conturbadora.

Grávido mal que crece hora tras hora,
que cobra impulso y nunca desfallece,
es vértigo abismal que prevalece
y en su atracción mortal ayuda implora.

Si oigo tu voz de seda, dulce y lenta
que me nombra y hechiza, honda saudade
sobrecoge mi espíritu y lo alienta.

O percibo del alma en lo inseguro,
esa arcana inquietud que nos invade
al sondear la agua negra del futuro.

Don amor

Ruego y rogando crece mi tormento;
huyo de ti y me sigues despiadado,
matas al que más quieres; enconado
te burlas del humano sufrimiento.

Es más mi pena cuanto más violento
es tu rigor, y beso enajenado

la punta de tu dardo envenenado
que vida y muerte da tras su ardimento.

Vive muriendo el corazón cobarde;
por ti se torna la color quebrada;
al triunfar, de tristeza haces alarde.

Cual un nocturno ladronzuelo vienes
a herirme traicionero en mi morada:
¡mi señor Don Amor, cómo me tienes!

Pastorela

—Zagala, zagalilla, sea contigo
mi amor y sea la paz con tus corderos;
hablemos del rebaño, soy tu amigo
y busco la quietud de estos senderos.

—¡Alabado sea Dios! me llamo Eulalia;
cuido mis vacas de ubres temblorosas;
me azota el rabadán y en represalia
le cuento a las estrellas esas cosas

—Deja por mí a ese ogro. Un capotillo
te daré y unas lindas almadreñas;
tocaré en tu loor mi caramillo;

Y cuando tengas sed, cual un hermano,
yo te daré agua fresca de las peñas
en el rosado cuenco de mi mano.

Reminiscencia

En aquel viejo caserón aldeano
te ví por vez primera, flor humilde,
y no sé si tu nombre era un arcano
Carmen, Cordelia, Salomé o Matilde.

Mi amor se ha acrecentado a la distancia;
el paisaje nativo se ilumina
con el sol provincial y la fragancia
conservo de la huerta campesina.

Al despedirme, del dolor opreso,
en mis brazos te dí el último beso,
el beso acostumbrado en las mañanas

Nupciales, y al decirte adiós, de hinojos,
arrasados en llanto eran tus ojos
como dos florecillas franciscanas.

Miedo

Yo no sé qué inquietud trémula y vaga,
qué impreciso temor mi ánima apura,
cuando estrecho tu mano blanca y pura
que bien por mal caritativa paga.

Siento ante tu cariño que no apaga
mi tristeza otoñal, como la obscura
conciencia de quien viaja a la ventura
y tiene fe de que jamás naufraga.

Pero ante la evidencia de la vida,
de verte así tan buena y tan reudida
de noble afán, me asalta ese precario

Temor del niño que perdió el desnudo
y al cruzar un camino solitario
canta para ahuyentar su propio miedo.

Poniente

Toda la gradación de cobres viejos
brilla en la lumbrarada ponentina,
y el sol, el viejo sol sus mil espejos
multiplica en la lámina marina.

Un pincelazo rosa se adivina
entre la variedad de ocre añejos
cual una mancha de rubor. Culmina
un farallón sus crestas a lo lejos.

Escuadrones quiméricos de nubes
con filos de oro cruzan el poniente
mintiendo endriagos, monstruos o querubes.

Y en la paz de la tarde que se aleja,
el mar con una angustia persistente
tan suave canta, que su canto es queja.

Panteísmo

Amo la tierra úber. En su seno
la cigarra es un verso que revienta
bajo el sol, y es la espiga amarillenta
estuche de oro lleno.

Sangre me da la vid. El vino es bueno,
del alma las pasiones transparenta,
y el chorro de agua que la luz orienta
virtualiza mi espíritu sereno.

Fuente, montaña, mar, otero, sierra,
en las fecundas ubres de la tierra
os nutrís con un jugo inadvertido.

Yo te amo Norma obscura y opulenta,
porque en compensación un grato olvido
pondrás sobre mi carne turbulenta.

Los nuevos Fúcares

—De *La Voz*, Madrid—

HAY en los Evangelios sinópticos un pa-
saje donde se expresa con sencilla elo-
cuencia insuperable el apego del hombre a
las riquezas. Es la conversación de Jesús
con el joven rico que quería salvarse.

El rico se llega a Jesús y le dice:

—Maestro bueno, ¿qué haré para ganar
la vida eterna?

—¿Por qué me llamas bueno?—contesta el
Maestro—. Nadie hay bueno sino Dios. ¿No
sabes los mandamientos? No adulterarás, no
hurtarás, no dirás falso testimonio, honra a
tu padre y a tu madre.

—Todas estas cosas he guardado desde
mi mocedad—dice el rico.

—Aun te falta una cosa—añade Jesús—.
Vende todo lo que tienes, dalo a los pobres
y tendrás tesoro en el cielo. Ven y sigúeme.

Entonces el que quería ganar la vida eter-
na se puso muy triste, porque tenía muchas
propiedades. Y viendo Jesús que se había
entristecido mucho, dijo: «¡Cuán dificultosa-
mente entrarán en el Reino de Dios los que
tienen riquezas. Más fácil cosa es entrar un
camello por el ojo de una aguja que entrar
un rico en el Reino de Dios.»

Es decir, que aquel hombre que había
guardado la ley desde su mocedad sentía
congoja mortal ante la idea de perder sus
riquezas. Y no dice el Evangelio que, do-
minando su tristeza, vendiera lo que tenía y
lo diera a los pobres. Del relato evangélico
se desprende que se fué y Jesús no volvió
a verlo.

No voy a escribir una homilía contra la
riqueza. No tengo ciencia ni vocación de
predicador. Ahora no se predica contra la
riqueza dirigiéndose a los ricos, como hacía
Jesús. De los peligros y sinsabores de la
riqueza se habla a los que no tienen nada
o tienen muy poco, para apaciguarlos y ver
de que, contentándose con el sebo de la
vida eterna, dejen en paz a los ricos. Es
una predicación poco escuchada. Tiene acen-

to farisaico cuando un rico o un servidor
de los ricos le dice al pobre: «Mira, herma-
no pobre, qué pesadumbres e inquietudes
trae la riqueza. ¡Feliz tú que podrás facil-
mente ganar el reino de los cielos!» El
pobre podría replicar: «¿Quieres que cam-
biemos? Si tanto te acongoja la riqueza,
dámela y toma mi lote futuro. ¿A que no
vendes lo que tienes y se lo das a los des-
nudos y los hambrientos?» El rico no acep-
taría la proposición. Se iría, como el que
habló con Jesús, menos triste, con un poco
de miedo, pensando que le había fallado el
argumento. El pobre lo vería alejarse sin
sorpresa, con el mismo apetito iracundo de
los bienes ausentes que tenía antes del ser-
món. No se quedaría pensativo, dudando sí,
efectivamente, la riqueza será un mal. Lo
único que le haría vacilar sería que el rico
se despojara de ella y le dijese: «Tómala.»
Mas este argumento práctico no se produce
jamás en la discusión.

El amor a la riqueza no necesita explica-
ciones cuando se habla sin hipocresía. El
hombre tiende, naturalmente, a la posesión
de lo necesario, y cuando lo ha conseguido,
de lo superfluo. A medida que la civiliza-
ción multiplica las cosas superfluas el apetito
de la riqueza se hace más vasto e imperioso.
Muy pocos son los que se contentan con la
aurea mediocritas. La considerarán como el
estado perfecto la víspera de lograrla; pero
al día siguiente les parece escasa.

El afán de enriquecerse ha sido un gran
estimulante para la civilización. Por él los
argonautas emprenden sus navegaciones, pe-
lean los paladines, estudia el sabio, trata de
embellecerse más la hermosa, procura el ar-
tista aprisionar en sus obras la belleza y se
sujeta el hombre a la servidumbre del tra-
bajo. El instinto o el pensamiento económico
no es ciertamente el único móvil humano.
Los hay puros, desinteresados o pertene-
cientes a otras pasiones o intereses. Mas

de todas las claves historiales la de mayor
aplicación es la interpretación económica.

Muchos bienes ha producido esa sed de
posesión; grandes maravillas, multitud de
inventos y creaciones que han aumentado
el bienestar humano. Y al lado de ellos,
¡cuántos males!, crímenes, tiranías, prostitu-
ciones materiales y morales, odios y tras-
tornos. Tan poderoso es el amor a la riqueza
que hasta las comunidades de hombres que,
guiados por un sentimiento místico de re-
nuncia y por la idea de la vanidad de la
vida, empiezan haciendo voto de pobreza,
acaban frecuentemente enriqueciéndose y
ofrecen sacrificios al becerro de oro o, por
lo menos, lo tratan con mucha reverencia.

La riqueza individual, cuando llega a ser
extremada, rebasa el límite de la utilidad.
Ya ni en lo superfluo tiene empleo, porque
todo lo que está en el comercio de los hom-
bres se halla a su disposición. Habría que
inventar otra cosa, y los multimillonarios no
tienen, por lo general, bastante imaginación.
La opulencia no puede multiplicar las fuen-
tes naturales del goce, no da al opulento
cien estómagos ni centuplica su sexualidad.
La beneficencia, el coleccionismo, los capri-
chos llegan a fatigar. Todo pierde su precio
cuando todo resulta barato y asequible. Una
excesiva riqueza llegaría a ser una servi-
dumbre si no quedara en ella algo que es
como su elemento metafísico: la afirmación
de la voluntad de potencia, el sentimiento
de un gran poder de dominación.

Cuentan que Eusebio Blasco, que no tenía
dos pesetas, conversaba en París con uno
de los Rothschild y quería convencerlo, en
broma, de que él, Blasco, era el más rico.
Resultaba que los vestía el mismo sastre,
que comían aproximadamente lo mismo, que
disfrutaban de los mismos placeres munda-
nos y que Rothschild tenía muchas más ca-
vilaciones. Probablemente Rothschild asen-
tiría sonriendo a la demostración del escritor
español, porque nada hay tan grato para un
millonario como el que lo compadezcan por
su riqueza; pero no se hubiera cambiado por
Blasco, por la misma razón que tuvo el
joven rico que habló con Jesús para no
seguir el consejo evangélico. Su dinero,
personalmente, le sobraba; pero quedaba la

afirmación de la voluntad de potencia, el poder de la riqueza.

* * *

La riqueza ha estado siempre rodeada de peligros, por lo mismo que es tan codiciada. Ahora se encuentra en un momento particularmente peligroso no sólo por la aspiración universal de las masas a una distribución más justa de los bienes materiales, sino porque el título mismo de utilidad social de la opulencia es muy discutido. No hay interés mayor en que existan millonarios. Al entrar la economía en la fase del crédito se ha generalizado el sistema cooperativo de los ahorros; el tipo de organización de las grandes empresas es la Sociedad por acciones, que forma con muchas pequeñas partes de capital ingentes pirámides de dinero, capaces de emprender todos los negocios que antes emprendían los Fúcares, y que siguen emprendiendo los de ahora, mucho más poderosos que los de antaño. Mas esta nueva estructura financiera da al capital una planta socialista y cooperativa que hace innecesario al Fúcar o le obliga a demostrar su necesidad.

La riqueza se defiende con habilidad, como un animal perseguido, y la más audaz de sus defensas son esas grandes donaciones para fines de cultura y de otras atenciones de utilidad pública que hacen los multimillonarios americanos, los Carneggie, los Rockefeller. Eso es mucho más elocuente que las homilias sobre los sinsabores de la riqueza. «He aquí una cosa—parecen decir—que no harán las sociedades por acciones».

¿Quién sabe? El capitalismo ha prestado grandes servicios al progreso humano; mas sus razones se van agotando, y la fe que inspiraba como instrumento económico se ha debilitado mucho. Esas mismas obras de desinterés, que lo mismo pueden tomarse como una fe de vida que como un testamento de la opulencia, pueden pasar a órganos colectivos a medida que una nueva organización económica del Estado vaya amortizando o suprimiendo las cargas parasitarias y que se multipliquen los sistemas de cooperación universal esbozados en la Sociedad de Naciones.

ANDRENO

La mala fe del bachiller Rojas según el señor Ramiro de Maeztu

LA buena fe del bachiller don Fernando de Rojas, autor de *La Celestina*, trágicomedia de Calisto y Melibea, fué puesta en duda muchísimas veces. No es de extrañar, pues, de que lo sea una vez más por el señor Ramiro de Maeztu en su libro sobre *Don Quijote, Don Juan y la Celestina*.

Desde M. Foulché-Delbosc, el grande hispanista francés, que negó a Rojas la paternidad total de la obra, hasta Cejador y Frauca, el ínfimo erudito español, que atribuyó al bachiller solamente los dieciséis actos de la forma primitiva, hay una larga serie de hipótesis y teorías al respecto. Así, mientras unos conceden a Rojas desde dieciséis a veintidos actos, otros le niegan todos menos el prólogo y atribuyen la obra al malísimo prosista cordobés Juan de Mena y al judío Rodrigo Cota, autor del *Diálogo entre el Amor y un viejo*. Y todo porque en la *Carta del autor a un su amigo*, que figura al frente de *La Celestina* desde 1514, Rojas escribe refiriéndose a la obra:

Vi que no tenía su firma del autor, el cual según algunos dicen es Juan de Mena, y según otros Rodrigo Cota. Quien quier que fuese, es digno de recordable memoria por la sutil invención, por la gran copia de sentencias entregridas, que so color de donaires tiene.

Y como para rematar la farsa:

¡Gran filósofo era! Y pues él con temor de detractores y nocibles lenguas más aparejadas a reprender que a saber inventar, quiso celar y encubrir su nombre, no me culpeis, si en el fin bajo el que lo pongo no expresase el mío. Mayormente que siendo jurista yo, aunque obra discreta, es ajena de mi facultad; y quien lo supiese diría, que no por recreación de mi principal estudio del

cual yo más me precio, como es la verdad, lo hiciese; antes distraído de mis derechos, en esta nueva labor me entremetiese.

Pero muy pocos tomaron en cuenta estas palabras del autor al ocuparse de su Trágicomedia. Lo cual en verdad no debe sorprender tratándose de un autor y de una obra de hace cuatro siglos¹. Sólo don Marcelino Menéndez y Pelayo, hombre de buena fe y de mejor comprensión, autor del ensayo más interesante que sobre tan grande libro hay en español, alcanza el sentido humorístico de la famosa carta de Rojas.

¹ En 1920, cuando Jacobo Epstein expuso sus esculturas en Londres, las principales controversias giraron alrededor de una figura de Cristo. El escultor explicó entonces: «Cada hombre tiene su propio Cristo; yo he tratado de expresar en piedra mi idea de Jesús. Nadie me sirvió de modelo. La cabeza no pertenece a raza alguna, no es judía ni europea. He dado ligera expresión a sus manos porque lo que más inquieta a mi espíritu es su sufrimiento».

Sin embargo, el crítico del *Times* dijo:

«Sentimos desconcierto y falta de congruencia entre la vivida realidad del semblante, el sentimiento y la actitud bizantina».

El crítico de *The Observer* comentó:

«De haber vivido en tiempo de Torquemada y la Inquisición, Epstein habría terminado su carrera en un auto de fe. La cabeza es alargada y de un tipo de negroide. Nada menos parecido al Cristo que todos imaginamos y, sin embargo, no hay nada irreverente en él».

Por su parte el cronista del *Sunday Times* hizo notar a sus lectores:

«Epstein ha concebido un Cristo joven no enflaquecido como aquel de Nastrovic, sino delgado, ascético con un ligero rasgo mongólico en la faz».

He subrayado de intento las tres palabras: bizantina, negroide y mongólica para que resalte mejor la diversidad de juicio de los tres peritos ingleses. Véase el comentario íntegro acompañado de una fotografía del Cristo de Epstein en REPERTORIO AMERICANO Vol. I N.º 22.

Por eso, sostiene con su habitual penetración, que toda la obra, inclusive el acto primero, ha salido de la pluma del bachiller y aunque fragmentariamente inicia el estudio de la obra en sus múltiples aspectos.

Pero, como a Lugones, entre nosotros, sus discípulos son allá los primeros en negarlo...

No hay que apresurarse a incluir entre estos últimos al señor don Ramiro de Maeztu que acaba de juntar en volumen sus artículos sobre *Celestina o del saber* publicados en *La Prensa*. El señor de Maeztu no es un erudito ni pretende serlo. Es un periodista y un escritor militante que llega a tratar la fe del bachiller Rojas desde otro punto de vista que el meramente literario.

El señor de Maeztu no discute ni mucho ni poco si la obra es en total o en parte de Rojas. Expone las hipótesis de los especialistas y se inclina a encontrar plausible la de Menéndez y Pelayo. Es decir, que Rojas debió inventar un primer acto de Mena o Cota por «el escrúpulo bastante natural de no cargar el solo con la paternidad de una obra impropia de sus estudios de legista y más digna de admiración como pieza literaria que recomendable por el buen ejemplo ético, salvo las intenciones del autor que tampoco son muy claras.» Y hasta aquí va muy bien orientado el señor de Maeztu. Lástima que a continuación olvide la «hipótesis plausible» (sic) del maestro y tomando al pie de la letra los elogios que Rojas se hace en la *Carta*, escriba: «Si no contradicen la hipótesis del señor Menéndez y Pelayo por lo menos incitan a darle otro sentido.» «Hay que buscar otra razón» etc. Y a fin de darle ese otro sentido y hallar esa otra razón, el señor de Maeztu agrega cincuenta páginas en defensa de una tesis personal para que Rojas «se esconda detrás de los nombres de Mena y Cota, aunque pregone el suyo propio en versos acrósticos.» A juicio del señor de Maeztu todas «las perplejidades» (sic) que suscita ese libro inspirado en «el más desolado paganismo» (resic) se resuelven «con la tesis de que lo que Rojas se propuso en la Trágicomedia fué descargarse el pecho, pero cuidándose de evitar al mismo tiempo que se llegase a comprenderle» (pág. 252).

¡Dios me libre de atribuir idénticas intenciones al señor de Maeztu! Su razón es concluyente: «Si *La Celestina* como yo creo»... Es decir: Si la nariz de Cleopatra...

* * *

Pero, aun cuando se infiriese de hechos reales y no de una mera creencia que «Rojas estaba familiarizado con el tipo de un converso que había dejado de ser judío sin aceptar de corazón el cristianismo»; y que *La Celestina* se escribe «para descargar el pecho de sentimientos que inducen a Rojas y personas de su intidad y mayor afecto a abandonar la religión de sus mayores»—tal cual lo supone el señor de Maeztu en las últimas líneas de la página 249 de su «ensayo en simpatía»—el misterio no queda aclarado. La hipótesis simple del señor Ra-

miro de Maeztu, no es, para mí al menos, un artículo de fe. Además, de familiarizado con el tipo de un converso a descargar el pecho de sentimientos que inducen a abandonar la religión de los mayores, hay un trecho más ancho que las dos líneas que separa una cosa de otra en el simpático estudio del señor de Maeztu. Los conversos de aquella época no abandonaban generalmente la religión de sus mayores por desengaño o crisis mística. Tampoco volvían a ella por razones de orden político como hace hoy el honorable Mussolini. Menos todavía, como mosiú Max Jacob ayer, por un éxito literario¹. Aquella gente extremista y sin matices se hacía católica por obra exclusiva de los Santos Inquisidores o de las santas inquisidoras... Lo que en verdad es muy distinto. En uno u otro caso no dejaban de ser lo que eran. Y eso fué así porque a pesar de todas las persecuciones no se acabó con los judíos españoles hasta hoy. Por otra parte, Rojas ni se casó con una cristiana ni fué perseguido por el celo inquisitorial. Aquellos padres de la Iglesia, más desoladoramente paganos que el señor de Maeztu y también más ortodoxos, debieron ver en Rojas a un hermano de Juan Ruiz. ¿No están sacados del amoroso libro del Arcipreste algunos personajes de *La Celestina*? ¿Por qué, pues, iba a temer Rojas el celo inquisitorial? Una prueba de que no lo temía nos la da su propio suegro Alvaro de Montalbán.

En el proceso que le hacen en 1525 «por pasarse el tiempo de la misa sin sentarse de rodillas, ni quitarse el bonete, ni menear los labios para rezar, ni comulgar, ni confesarse», «éste declara sin miedo, tener una hija llamada Leonor Alvarez», «mujer del Bachiller Rojas que compuso Melibea». Lo que vale decir que entonces como ahora escribir una obra maestra no era del todo un delito. Antes bien solía ser un título digno de relucir en un proceso. Y si es cierto que la Inquisición de Toledo rechazó como defensor al «Bachiller Fernando de Rojas, su yerno, que es converso», pudo también ser que no fuera porque «compuso Melibea», sino por tratarse de un pariente tan próximo del procesado. En verdad la reimpresión integral de *La Celestina* no fué prohibida hasta 1632. Y esa prohibición no perjudicó ciertamente el éxito de la obra. Al contrario, es muy posible que la favoreciera, como favoreció a la novela *Cárcel de amor* del judío Diego de San Pedro², y hasta es posible que Rojas conociera el caso. *Cárcel de amor* se publicó en 1492.

Pero el señor Ramiro de Maeztu, a pesar de todo, prefiere atribuir al Bachiller, además de un miedo tremendo, un gran espíritu previsor... Sólo así se explica también la famosa *Carta* contradictoria de la tesis de Menéndez y Pelayo, desde 1501 en la edición de Sevilla (sic). ¡Mas qué intenciones no atribuye a la fe del Bachiller Rojas el señor de Maeztu! Con igual razón que él hay quien sostiene ante el mundo que el Bachiller se las dió de autor de una obra maestra que otro había escrito; y quién demuestra que don Fernando de Rojas fué hidalgo como sus padres y abuelos; y quien le atribuye un escudo con cinco estrellas de oro en campo de azul; y quien... lo supone pariente epónimo de nuestro querido don Ricardo Rojas. Juzgar intenciones, atribuir propósitos y demostrar así cualquier cosa es muy fácil. Lo que cuesta mucho trabajo es reconstruir una época y un personaje, hacer obra de penetración literaria y de análisis científico. En dos palabras: ser a la vez filósofo y creador. Eso sólo lo ha conseguido en los tiempos modernos el crítico internacional Jorge Brandes.

Con la media página que hasta ahora se conoce de la existencia de Shakespeare, Brandes, ha reconstruido, genialmente, cuando y por qué escribió cada uno de sus versos el autor de *Hamlet*.

En España nadie, fuera de don Marcelino Menéndez y Pelayo, ha tratado de imitarlo en el método, para aclarar así, con espíritu libre, la vida de Rojas y dar un sentido universal a la tragicomedia de Calisto y Melibea.

¡Pero qué mucho si hasta mediar el siglo pasado no sabían los académicos españoles quién era ese «ridículo don Quijote» convertido en símbolo universal! Fueron críticos europeos y sobre todo artistas como Heine, Turguéniev y Merimée quienes supieron penetrar la realidad de esa gran epopeya. Es cierto que en los últimos treinta años se ha trabajado en España por reivindicar esa y otras figuras de la literatura clásica; pero hasta la fecha no ha nacido todavía en la península un crítico internacional que do-

mine variadas literaturas y sepa situar una obra con respecto a la producción de todas las épocas y países. Mientras surja de algún rincón de Europa o América ese Jorge Brandes hispanista, todo lo que se ensaye en la materia merece el favor del público. De ahí que a pesar de todo, concluya llamando la atención sobre el ensayo del señor de Maeztu. Por lo demás, creo que se deba fomentar la venta de estudios críticos en español. Es hora de acabar con la manía de leer solamente lo que nos viene con el rótulo de «vient de paraitre». Ya sé que en el caso concreto de *La Celestina* puede objetárseme que no hay en español una edición ilustrada comparable a la reciente de París. Tampoco existen traducidas muchas obras de autores extranjeros sobre arte y literatura de España. Entre otros la admirable sinfonia histórica de Waldo Frank: *Virgin Spain*. Con todo, siempre queda algún libro en castellano tan malo como cualquier otro en francés. Es el caso de *Don Quijote*, *Don Juan* y *La Celestina* de Ramiro de Maeztu.

Ahora bien, decir porqué nos gusta un libro es fácil. Su elogio puede consistir a veces en la reproducción de una página convincente o en algunas líneas de recomendación calurosa. Pero cuando se menoscaba el valor del trabajo ajeno hay que exponer detenidamente los defectos. Es lo que intenté al principio de este artículo y lo que ensayaré en uno próximo si el lector no prefiere hacerlo por su propia cuenta y riesgo...

ENRIQUE ESPINOZA

Buenos Aires,
República Argentina.

Revista Parlamentaria de Cuba

Publicación mensual

Política, Historia, Intereses Profesionales,
Cultura General y Defensa Nacionalista

Director: JOSÉ CONANGLA

Apartado 973 - Habana, Cuba.

Suscripción anual: . . . \$ 6.00 oro.

Quien habla de la
presa en su género,
Rica. Su larga

ca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, *ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA
ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada,

Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas. Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

1 Roma, como París, vale una misa... Los padres del «duce» que acaba de imponer la «religión de sus mayores», eran carbonarios, ateos o masones; los de Max Jacob, judíos ortodoxos.

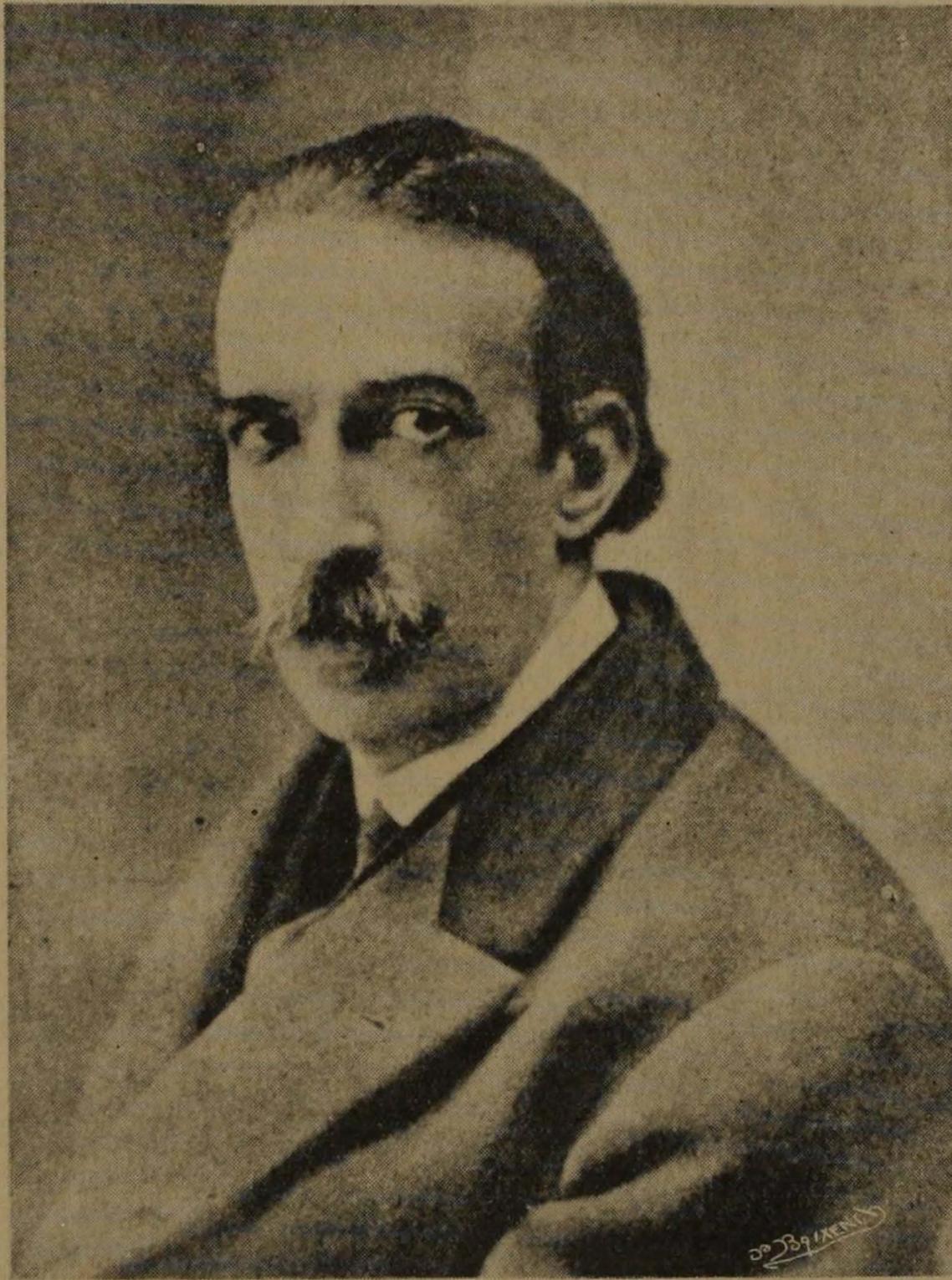
2 Según Fitzmaurice-Kelly que señala una posible influencia de la famosa *Cárcel de amor* en el suicidio de Melibea, la novela de Diego de San Pedro fué traducida al francés y vertida de este idioma al inglés por Lord Berners. Véase *Manual de la Historia de la Literatura Española* de J. Fitzmaurice-Kelly traducida por B. Sanín Cano. Recuerda, para demostrarlo, que *Cárcel de amor* hasta no tuvo mengua por el hecho de haber sido condenada por la Inquisición.

Un misionero

=De La Prensa, Buenos Aires=

Por un caminejo torcido y lleno de baches va marchando lentamente, dando tumbos, un carrito entoldado. En España hay muchos pueblecitos adonde no se puede llegar sino por estos caminejos; existen otros también, menos, muchos menos accesibles. No podréis visitarlos sino yendo por camino de herradura—por una sendita de perdices—y a lomos de un caballo o de un pacientísimo jumento. El carrito de que hablamos es más simpático, mucho más simpático que un automóvil. Camina despacio; lo guía un labriego castellano; podéis charlar, todo a lo largo de la jornada, con este buen hombre que os conduce. Y este buen hombre—sin poseer el Diccionario de la Academia Española—va hablando, reposadamente, con palabras y giros tan expresivos, tan nobles, tan exactos, tan pintorescos que vosotros no echáis de menos, la vertiginosidad de los automóviles y hasta quisiérais que el camino fuera más largo de lo que es. ¡Oh, España, bella España! Nadie de tu seno—ni los más doctos, ni los más elocuentes—habla con la majestad, con el color, con la expresión de este buen labriego de Castilla.

El carrito va caminando; se ve ya a lo lejos, al trasponer un repecho, el campanario del pueblo. Dentro del carrito está sentado un señor que se dirige a ese pueblecito. Y este señor, cuando se levante, cuando se ponga en pie, veremos que es alto, erguido, enjuto de carnes, con los miembros ágiles y delgado. Sus ojos—esto lo podemos ver desde ahora mismo—destellan un poquito de cansancio y de melancolía. Por debajo de su blando sombrero asoma una simpática melenita gris, cenicienta. Denota esta largueza del pelo, nos parece a nosotros, independencia, independencia muy grata en un escritor, y romanticismo. ¿Acabamos de decir que este caballero es escritor? Sí; es escritor. Si está un poco triste, es porque ha trabajado mucho; todos los que con la pluma hemos trabajado mucho—¡y tenemos que seguir trabajando!—estamos un poco tristes. El caballero del carrito que marcha hacia el pueblo es Luis Bello. Luis Bello, el misionero de la Escuela, que en sus viajes por toda la área de España va



Luis Bello

ahora a visitar la escuela del lugar que allá en la lejanía se divisa.

Hacia el pueblecito.—Luis Bello es uno de los más preclaros periodistas de España; además de periodista—hombre que tiene la intuición rápida de la actualidad—es eminentemente literato. ¡Qué bonito es su libro sobre Madrid! Para enterarse de lo que es la capital de España, de sus alrededores, de su ambiente, de su historia, el libro de Bello es insuperable. Luis Bello ha escrito en muchos periódicos; ha hecho labor de colaboración, puramente literaria, exquisitamente literaria en este caso, y ha practicado la ruda y abrumadora labor de confección en un periódico, de ordenar, de disponer el número, en las altas horas de la madrugada, para que al romper el alba salga en los primeros trenes hacia las provincias y aparezca, poco después, limpio, claro, armónico y elegantemente

ordenado en todas sus planas, por las calles de la ciudad. Y siempre Luis Bello, en todas sus andanzas periodísticas, en su duro vivir, ha sabido conservar—¡a cuánta costa!—un espíritu de independencia y un sentido de liberalismo reflexivo, que son los que constituyen lo atractivo, lo simpático, la nota romántica de su personalidad.

Desde hace más de un año Luis Bello está recorriendo toda España. Su misión es la de visitar escuelas de niños. Poco a poco se ha ido formando un ambiente nacional, cordialísimo, de entusiasmo, alrededor de esta admirable cruzada. Para el observador es precioso asistir a este ascender lento del interés del público, en pro de una campaña periodística. El móvil de la campaña es nobilísimo, altamente patriótico. Se publican los primeros artículos; los compañeros del oficio, algunos compañeros, no todos proclaman en las conversaciones privadas sus loanzas por la empresa. No falta quien añade: «Sí, sí; todo eso es admirable; pero no logrará usted nada». Y el periodista prosigue en su labor. De provincias llegan ya algunas cartas. El círculo de los aprobadores, entre los camaradas, se ensancha; a la reserva prudente, desalentadora, ha sucedido la simpatía franca.

Ya los maestros de varias regiones de España comienzan a ver lo provechoso para ellos—es decir, para la patria, para España—de la nobilísima cruzada emprendida por el periodista. En las reuniones se acuerda enviar telegramas de felicitación y de aliento a Madrid. El periodista, con los papelitos azules en la mano, se siente fortalecido, alentado. No todo son egoísmos bárbaros en la vida. Un poco de romanticismo, de idealidad, no falta ni aún en los corazones más fríos. Lo que hace falta es el eslabón que haga, percutiendo con fuerza, saltar la chispa de los corazones. Van pasando días; Luis Bello camina de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad. El ambiente de cordialidad y de entusiasmo se adensa y crece. La mayoría de los periódicos de provincias publican sueltos, notas, informaciones sobre el viaje de Bello. Llegan telegramas a Ma-

(Pasa a la página 235).

Una hora con Agustín Nieto Caballero

PODÁVIA no hemos sabido cómo entrevistamos a Nieto Caballero, y todavía él desconoce que la charla amable que tuvimos en la tarde de cualquier día, estuviera destinada a salir al público. Hemos ido a su casa, hemos hablado con él, durante varias horas, y hemos querido escribir todo lo que hemos oído, y más que eso, las impresiones que en nosotros produce Nieto Caballero, el apóstol joven, como se ha convenido ya en llamarlo, con sobra de razón, y con justicia única.

Nieto Caballero da la impresión de un niño escolar, de un mozo estudiante de Oxford, que con la misma facilidad toma un libro completo del Cardenal Newman para analizar sus doctrinas, o el remo fuerte que le ha de dar el triunfo en las regatas de verano. Todo en él es cordialidad, franqueza, desenvoltura. Habla con una facilidad extraordinaria. Explica un sistema de educación como si hiciera una clase a unos niños, pero sin pedantería y sin pose. Ha sabido conservar el milagro de la simpatía, al través de todos sus estudios severos, que le colocan en un plano de superioridad sobre sus contemporáneos, superioridad que jamás ha recordado a nadie. Y que posiblemente su discreta inteligencia no tiene interés alguno en recordarla ni para él mismo.

Además, es un apóstol. Ser apóstol ha de indicar claramente para el público tener una suave barba alba, una mirada candorosa y un poco severa, una magritud proporcionada al talento, etc. Nieto Caballero es la negación completa del apóstol de feria. Nervioso, ligero, sonriente, trata a toda hora de disculpar su obra, como si el que hubiera dado su labor un resultado eminentemente positivo se debiera a todos, menos a él.

—«Yo creo, nos dice, que el hecho de haber comenzado en Colombia a hablar de la escuela activa, de la escuela nueva, cuando en todo el continente no se conocía aún, cuando aún en Europa era un balbuceo, no es un hecho de que se pueda hacer responsable a nadie. Era el momento. Era una necesidad». Sin embargo, nadie ha dejado de decir que él es el iniciador, el sostenedor, el impulsador de una obra que hoy enorgullece al país. Todo mundo lo reconoce públicamente. Agustín Nieto parece no darse cuenta de ese hecho. Y sigue trabajando con esa actividad nerviosa, febril, inquieta, que cada día le hace ver un perfil más, una renovación, un plano más, desconocido todavía. Agustín Nieto Caballero ha regresado hace poco tiempo de Europa, después de haber recorrido a Sur América. Ese viaje en que fué por todas partes estudiando, meditando, comparando, es indudablemente el que más ha de fructificar para el país. Estamos seguros de eso.

—¿Qué impresión recibió usted de Colombia a su regreso?

—Magnífica. Si colocamos a Colombia en un plano de comparación con los otros países suramericanos, sacamos conclusiones alentadoras. No que ellos no estén bien. Sino que la manía de desacreditarnos nos ha hecho perder por completo el sentido de la proporción. Colombia está en camino de ser una gran potencia suramericana. Por todas partes hay progreso. Las frases de reproche agudo que tiene Tomás Rueda Vargas para lo que él llama «la barbarie

Pedagogía y apostolado. - El maestro joven. - Inquietudes del momento. - La hora del país. - Optimismo.



Agustín Nieto Caballero

Visto por RENDÓN

del riel», tienen razón, hasta cierto punto. Yo creo que el progreso ha de venir aquí paralelo al adelanto cultural. Soy optimista, aunque la palabra esté desacreditada. Ser optimista es exactamente lo mismo que ser idiota, en los tiempos que corremos. El hombre inteligente ha de ser fatalmente maleante, escéptico, pesimista. El optimista es el bobo. Yo soy el optimista moderado. El optimismo agudo es exactamente lo mismo que el pesimismo, porque lleva a una misma consecuencia: a acabar con la acción. Es lo mismo que decir: «Todo va mal, crucémonos de brazos», que decir: «Todo está muy bien. Crucémonos de brazos».

Es cierto que mi viaje fué hecho como aconsejaba Faguet se leyera: con un prejuicio. Y no iba a estudiar sino dos cosas, y hacia esas dos cosas dedicaba toda mi atención. A la educación y a la protección infantil. Vi muchas otras, porque no podía prescindir de verlas, cuando me las mostraban o cuando se me ponían ante los ojos.

Y concluí que el país está admirablemente preparado, y que ya está comenzando su obra de desarrollo.

El optimismo de Agustín Nieto Caballero ha nacido directamente de su vida. Cada labor que ha emprendido la ha sacado adelante. No se fija, para ser optimista que, cada triunfo en lo que se propone lo ha alcanzado después de un trabajo duro, recio, admirable. No. Nieto Caballero triunfa, y ve todo por un prisma optimista de éxito. Para él todo se reduce a un problema. Coronación de esfuerzos.

—Comenzamos en todo, pero comenzamos muy bien. De la misma manera que no iríamos a esperar, antes de instalar luz eléctrica, a hacer toda la anterior evolución de esperma, de gas, estamos aprovechando todo lo último, lo más nuevo que el mundo ofrece. Comenzamos a vivir como un pueblo viejo, pero con mucho más vigor.

—¿Qué trascendencia tiene para usted la política?

—Ninguna, o casi ninguna. No he intervenido nunca ni directa ni indirectamente en ella. En la educación de los muchachos jamás la he hecho intervenir. En el Gimnasio Moderno se está formando una generación que es casi opaca a la política. Ven todos los chicos pleitos de ella, como cuestiones sin importancia. Y por nuestra parte, los profesores de allí no hemos dictado jamás una conferencia, hecho una declaración pública de partidismo, ni hablado jamás una palabra de política delante de ellos. Cuando llegan alumnos nuevos, discuten esas cuestiones con los otros alumnos. Como nunca se les dice una palabra, y como ven la poca importancia que le damos nosotros, hemos logrado evitar que sea el Gimnasio un club de políticos. Hoy todos son esencialmente calmados en esas cuestiones.

No quiere esto decir que yo sea partidario de que mis discípulos no intervengan nunca en política. Ellos han de intervenir fatalmente, y por otra parte, cuando lo hagan, el país se habrá transformado de tal manera, que sus actuaciones serán totalmente distintas de la de las generaciones anteriores.

Al hablar de sus discípulos, Agustín Nieto Caballero se emociona vivamente. Deja traslucir ese cariño intenso, emocional, que tiene a su obra.

—¿Qué opina usted, doctor, de la educación clásica?

—Yo creo que hoy, en todo el mundo se inicia una ligera reacción hacia el sentido clásico. Estoy convencido de que los colegios secundarios no deben ser facultades de humanidades. Pero hoy, especialmente en los Estados Unidos, país que un viejo lugar común nos muestra como mercantilista y desprovisto de cultura, los estudios clásicos se hacen más severos y más profundos. Las clases de literatura clásica en las universidades de los Estados Unidos son verdaderamente asombrosas. La profundidad a que se llega en los estudios literarios, difícilmente se consigue en una universidad europea contemporánea. Recuerdo que yo hice mis estudios de literatura española en los Estados Unidos. La clase era dictada por un profesor que la conocía tanto como el más erudito profesor de Salamanca. El sistema era curioso y desconcertante para el alumno. Se trataba, más que de otra cosa,

de iniciar al alumno en un método. Eso mismo se hacía en la clase de literatura inglesa. Se tomaba, después de ciertas nociones generales del medio intelectual del país cuya literatura se estudiaba, a un exponente de esa literatura. En la clase de literatura inglesa tomamos a Shakespeare. Leímos todas sus obras, las analizábamos, ayudados en todo instante por los consejos y las observaciones del profesor, y estudiando a conciencia las notas de los críticos. Cuando terminamos, concluía el año escolar. Después, en el curso de nuestras lecturas, encontrábamos nombres que habíamos visto apenas un día o dos, de paso, entre dos explicaciones. Y nos preguntábamos: ¿por qué no conocemos a este autor? Nos dedicábamos a leer sus obras, y tratábamos de seguir paso a paso la tarea de la escuela, con Shakespeare. Si así hubiéramos hecho con todos, es decir, si nos hubiéramos especializado en literatura, si no hubiéramos sido llamados por otras curiosidades y por otras aptitudes, el método inculcado en la universidad hubiera sido un estímulo. Y una senda de conocimiento severa y disciplinada.

—¿Hay más ambiente cultural ahora que antes?

—Se lee más. Estoy seguro de que los nuevos tienen una curiosidad enorme, y leen tal vez más que los que les precedieron, que, colocados por circunstancias especiales en situaciones distintas de medio, tuvieron menos tiempo y menos facilidades. Hay desorden. Y es lógico. En cuanto al ambiente general, no podría decirse exactamente. El ambiente lo forma la *elite*. El analfabetismo no es prueba de mal ambiente. El pueblo puede ser más o menos analfabeta, y sin embargo, la *elite* de un país estar marcando la cultura superior. Yo creo que nuestra *elite* ha mejorado notablemente.

Falta un espíritu de estudio más disciplinado. Pero se irá formando.

—¿Cuál considera superior usted de la obra del Gimnasio?

—Quizá lo que tiene más trascendencia en la obra del Gimnasio es la formación de un núcleo de profesorado. Allí estudiamos todos. No hay pedantería de suficiencia, ni para el alumno ni para el profesor. Y el grupo de profesorado que vamos formando, el ambiente que hemos querido hacer, es un gran paso en la educación nacional. Allí cada uno de los profesores estudia, lee, anota, y luego relata las impresiones, ideas, conceptos que forma alrededor de sus lecturas, a los otros profesores. Todos hacemos lo mismo. Cada uno estudia por su cuenta, y se propone que los demás le ayuden y ayudarlos. Esa obra no está terminada, es cierto. Cuando el doctor Restrepo me pidió un profesor preparado, tuve que responderle que no lo había en Colombia todavía. Es cierto. Todavía estamos formándonos. Es seguro que de allí surgirá un núcleo selecto, pero ahora estamos apenas formándolo. Formar profesores es la obra más interesante del Gimnasio.

—¿Qué plan desarrollará en el año entrante?

—Se seguirá el mismo que venía de atrás, con todas las modificaciones que vamos encontrando, semana por semana, día por día. Estudiamos los planes, sistemas, métodos más modernos, y los ensayamos, adaptándolos. En pedagogía hay que estar alerta porque si no, se va quedando uno atrás en un momento. De diez años a esta parte ha tomado la educación rumbos tan nuevos y extraordinarios, que desconciertan aun a los familiarizados con estos estudios. En estos días estoy tratando de adaptar un sistema de medidas de capacidad intelectual, de *tests*, que llaman los americanos, que es la última palabra de educación. Hace pocos años nos sonreíamos en Colombia cuando alguien trataba de demostrar que la inteligencia y la capacidad de los niños y

de los adultos, inclusive, podía ser medida exactamente. Con el sistema de *tests* se ha conseguido ya esto. Los Estados Unidos desarrollan las ideas que les han llegado de Europa y las vuelven prácticas. Hoy, en un colegio moderno, se pueden suprimir los exámenes, porque hay sistemas de éstos que dan exactamente el desarrollo que haya alcanzado el alumno, la capacidad asimilativa, el grado de normalidad en que va siguiendo su labor intelectual, con una seguridad matemática. Ahora, trato de adaptar el sistema, que es ya oficial en Norteamérica, a nuestra psicología y a nuestro medio. Lo desarrollaremos en este año.

Por este medio hemos medido exactamente las capacidades de todos nuestros alumnos en el Gimnasio, para verificar si las clasificaciones que habíamos hecho estaban bien. Con dos o tres excepciones, en lo demás no íbamos descaminados. Hemos encontrado casos de discípulos que tenían un retardo mental de cuatro años, y otros que tenían un desarrollo de tres y cuatro. Hoy en Europa y América hay escuelas para anormales superiores, lo mismo que para inferiores. Los muchachos especialmente dotados tienen escuelas especiales, donde se les desarrolla y vigila el desarrollo, con exactitud de cronómetro.

Mientras nos va explicando con sus frases rotundas todos sus planes y todos los sistemas, nos enseña sobre la mesa de su escritorio un paquete inmenso de cuadernos en inglés en que están los *tests*. Nos explica objetivamente la necesidad de esos cuadros. Hace experiencias con nosotros, verificando con un reloj especial la velocidad de nuestras conclusiones. Mientras tanto, Alberto, el hijo mayor de Nieto Caballero, nos explica también, nos muestra sobre los cuadros, y hace ensayos psicológicos. Para él, aquello es un juguete especial con el cual su padre le ha hecho fácil la educación, amable, discretamente paternal. Nieto Caballero, como él mismo nos lo decía, ha

visto bien el significado del pensamiento del psicólogo francés de que la pedagogía no se comprende sino cuando se es suficientemente padre.

—Tengo intención de abrir también una campaña de higiene. Campaña que viene desarrollándose como lo puede ver en estos libretos, en Europa y Estados Unidos por un sistema de juegos. El juego de la higiene, que hace al niño practicarla como un deporte cualquiera. Un día de estos he de dictar una conferencia sobre esto para las madres de familia.

Nieto Caballero nos habla mucho de su obra del Gimnasio. A eso ha puesto todo su fervor y su entusiasmo incansable. Sus energías que, por más que se dividan, siempre están tensas, hacen esperar mucho de esa obra constructiva, que cada día echa más raíces en el alma nacional.

Y después de mucho hablar sobre estas cosas, nos despedimos de Nieto Caballero. Nos hemos quedado admirados, por breves reseñas de sus planes y de su obra de estos años pasados, de toda la labor de Nieto Caballero. Es incalculable a simple vista lo que ha desarrollado, lo que ha formado, lo que ha tenido que comenzar. Hace diez años en Colombia nadie hablaba de métodos modernos, y Pestalozzi era una revolución. Gracias a la labor de propaganda y de realizaciones fuertes de Nieto Caballero, hoy son nombres comunes Decroly, Montessori, y tantos otros creadores de sistemas modernos. Y nos preguntamos:

—¿No estará prematura esta obra educativa, esencialmente moderna, de Agustín Nieto para el estado del país?

Nos hemos contestado que no. Los frutos ya han sido vistos de todos, y no por ser desconcertantes han dejado de ser mejores.

El apóstol ágil, sonriente, nervioso, amable, ha realizado una obra. Y estamos seguros de que no ha pensado todavía en descansar.

(Lecturas Dominicales. Bogotá.)

Así cayeron Nicaragua, Santo Domingo y Haití

—De *El Tiempo*. Bogotá.—

...Todos los empréstitos han sido contratados por el occidente colombiano.

Yo no soy regionalista ni tomo parte jamás en esas ligas ridículas en donde solamente se bebe champaña y se esgrimen el florete oratorio y aun el mismo sable, a costa de los cándidos pueblos que las patrocinan, pero me afana que haya un desequilibrio tan notorio en este sentido, como también en la balanza de los empréstitos que se contratan para obras públicas.

En realidad, la agricultura se ha mirado con el mayor desprecio; contra siete millones del Banco Agrícola Hipotecario, seis del Hipotecario de Colombia, tres del Hipotecario de Bogotá y uno del Banco de Colombia que han favorecido la agricultura y las industrias, hay un balance pavoroso de setenta millones para obras públicas, que irán diariamente alejando los trabajadores de los campos por la facilidad de aumentar los salarios, y que obligarán a los agricultores a vivir solamente de platas prestadas y de frutos importados.

No hay equilibrio en este sentido, no hay fiscalización verdadera, no hay en Bogotá una oficina de empréstitos ni un contralor de empréstitos que pueda intervenir en la república y ayudar y vigilar a la vez, y en este laberinto espantoso, no se oye la voz

de cordura por ninguna parte, ni aparece la mano fuerte que mida y combine, que ataje el vértigo fabuloso de las empresas que tan fácilmente se pueden idear y que les haga ver a las gentes, que **el principio de disolución de las naciones está en hacer a un lado la base fundamental de la economía, para lanzarse a trabajar con dineros prestados, que abren el camino a la penetración pacífica.**

Así cayeron Nicaragua, Santo Domingo y Haití, Así cayó Panamá y caeremos nosotros también, si en medio de este laberinto moderno, no surge la nueva Ariadna que nos traiga el hilo salvador del buen sentido, y nos saque de nuevo a la luz de la realidad, aun cuando luego le demos la muerte, como premio de nuestra gratitud.

JOAQUÍN QUIJANO MANTILLA

Bogotá, marzo de 1927.

La Lengua Internacional

La Sociedad Cubana para la propagación del Esperanto, acaba de publicar un folleto de propaganda sobre la Lengua Internacional, destinado a la distribución gratuita, y se les envía a las personas interesadas que lo soliciten al Apartado 1324. Habana. Cuba.

Un misionero

(Viene de la página 232.)

drid, más telegramas; solicitan ahora que el infatigable periodista vaya a tal o cual ciudad a dejar oír su palabra ante la concurrencia de pedagogos, de maestros, de amigos de la escuela. Luis Bello no vacila. Prepara sus notas, toma el tren, corre en automóvil. Y graciosamente, con sincero desinterés, da conferencias en que explica su misión respecto a las escuelas españolas. Todo marcha rápida y decididamente; un periodista ha logrado el milagro de que España piense en sí misma; de que los españoles se preocupen de lo más trascendental, de lo más sagrado: del porvenir de las inteligencias infantiles. La patria son los niños. Y Luis Bello ha hecho, más por la patria, está haciendo más por España, que quienes pronunciaran, en un Parlamento, centenares y centenares de discursos.

En la escuela.—Una ventana ancha, allá arriba, por donde entra un rayo de sol, y otra ventana, más baja, enfrente, por donde se ve una montaña y se columbran, cerca, unos árboles verdes. Se percibe un rumor de voces infantiles; diríase que este rebullicio es como el piar innúmero de pajaritos en una fronda. Las paredes son blancas; pero largas grietas las cortan en todas direcciones. ¡Si hubiera un poco de dinero para arreglar estas paredes! Y los bancos y pupitres de esta escuela también están un poco derrengados, gastados por el uso. ¡Si encontráramos un filántropo que quisiera regalarnos unos banquitos para estos niños! Para estos niños tan buenos, tan simpáticos... Pero silencio, silencio, el maestro había salido de la clase hace un momento; le habían anunciado la llegada de un señor forastero. Los niños se habían puesto inmediatamente a brincar, a gritar, a cantar; parecían—lo hemos dicho—una bandada de pajaritos. Y ahora vuelve el maestro. Ya está en la puerta. Los niños callan súbitamente y se recogen en sus bancos. El maestro viene acompañado de un caballero. Es alto, delgado, erguido este caballero. Como se ha puesto cabalmente donde da el rayo de sol, ese vivo rayo nimba su cabeza, con la melenita cenicienta, de una viva aureola. Diríase que este señor desconocido es un santo laico. Los niños le miran con curiosidad; él se acerca a los más próximos y les pone la mano—jesta mano tan fatigada de escribir!—en sus cabezas; a otros los acaricia; les da palmaditas en las mejillas; les hace preguntas. El caballero, Luis Bello, y el maestro charlan después sentados ante la mesa del fondo. Los niños ven que el maestro—que es un viejecito pulcro y limpio—se pone un poco triste y señala las paredes de la escuela. Todos callan. Parece como si en este minuto, en tanto que se divisa la montaña remota por la ventana, algo que es melancolía y preocupación, algo que es lo más íntimo de una patria, de España, flota en el ambiente. Y que ese algo misterioso y sagrado hace que la sencilla conversación del maestro y del caballero,

dos hombres que no son nada, que no tienen poder alguno en el Estado, tenga más trascendencia, sea más honda, sea más trágica, que el debate solemne entre diplomáticos que representarían grandes potencias.

Jaculatoria.—Querido Luis Bello: adelante, adelante; el mundo es de la inteligencia. La inteligencia es la fuerza suprema. No hay nada, no debe haber nada por encima de la inteligencia. ¡Tengamos confianza en la suprema e incontrastable fuerza de la inteligencia! ¡Que los niños comprendan el mundo, que se formen idea exacta de las cosas, que tengan confianza en el porvenir de la Humanidad! Hagamos que esa confianza—confianza en la concordia, no en la sangrienta lucha—nazca en los corazones infantiles... Y no deje usted de caminar, querido Bello, de caminar, anda que te anda, por los caminitos de España.

AZORÍN

Madrid, 1926.

Ejemplares disponibles

Los hay a la venta, y en la Administración del REPERTORIO, de las dos últimas obras de Rogelio Sotela:

El Libro de la Hermana ... € 1.50 (\$ 0.50 oro americano para el exterior).
(Verso)

Crónicas del Centenario de Ayacucho € 2.50 (\$ 1.00 oro americano para el exterior)

Disponemos también de ejemplares de la obra recién editada de Jorge Zalamea:

El regreso de Eva. Ensayo de una farsa dramática.

A € 3.50 el ejemplar. Para el exterior: \$ 1.00 oro americano.

REVUE DE L' AMERIQUE LATINE

Aparece el 10. de cada mes

Publica estudios de escritores, sabios y políticos franceses, hispanoamericanos y brasileños sobre la América Latina y sus relaciones con Francia.

Dará a conocer, en selectas traducciones, novelas, cuentos y ensayos de autores hispanoamericanos y brasileños.

Sus crónicas, numerosa y de variada índole, resumen la vida intelectual, artística, económica y social del Continente latino.

Principales colaboradores

Condesa de Noailles, Rachilde, Gérard d'Houville, Emile Boutroux, Paul Bourget y Henry de Regnier, de la Academia Francesa, Magalhaes Azevedo, Luis Guimaraes y Graça Aranha, de la Academia Brasileña, Marius André, Antoine, Paul Appell, Jacques Bainville, Louis Bertrand, Angel de Estrada, Claude Farrère, Francisco García, Calderón, F. de Homem Christo, Leopoldo Lugones, Camille Mauclair, Charles Maurras, Alfonso Reyes, Carlos Reyes, J. H. Rosny Ainé, etc.

SUSCRIPCIONES

En el Extranjero: (Países que concedieron la tarifa reducida): un año, \$ 2.40 o £ 0-10-0

(Los otros países, incluso Costa Rica): un año \$ 2.60 o £ 0-10-8.

Redacción y Administración,
4, Boulevard 8 de Courcelles.—Paris (17^e).

Mensaje

del escritor argentino MANUEL UGARTE a la sección de la Apra en París con motivo de la gran demostración anti-imperialista realizada el 12 de enero último ¹.

SALUDO a las nobles juventudes que defienden la integridad de América y me adhiero a la protesta contra el imperialismo devorador. La amenaza que pesa sobre México, Nicaragua y Panamá resuena en el corazón de toda la América Latina.

Pero al levantarnos contra el invasor de afuera, tenemos que levantarnos también contra la impericia o la complicidad de nuestros Gobiernos imprevisores o venales, contra los tiranos, las oligarquías, y los partidos sin ideal que llevan a nuestras repúblicas al abismo, favoreciendo con sus errores el vasallaje y la sujeción.

Hace veinte años que gritamos contra el peligro, anunciando en todos los tonos la catástrofe inevitable, y hace veinte años que nuestra sorda diplomacia, que nuestros ciegos «hombres de estado» se encierran en la inmovilidad y en el mutismo, esperando de la casualidad o de la lotería la defensa que no han sabido preparar.

De esa terca ignorancia se han aprovechado todas las delincuencias. Si la América Latina se encuentra en la situación que comprobamos, es debido a los que entregaron a las compañías extranjeras minas, ferrocarriles, monopolios, concesiones, y empréstitos que tienen que dar lugar fatalmente más tarde a reclamaciones, conflictos, tuteles y desembarcos, es debido a la falta de clarividencia de los que hicieron de nuestras patrias entidades paráliticas que sólo pueden andar con muletas extranjeras.

Y este fracaso de las clases gobernantes tiene que tener una sanción. Hay que renovar los sistemas, hay que propiciar una ideología revolucionaria capaz de sanear y hacer revivir cuanto fué anemiado por el parasitismo y la politiquería.

Contra el imperialismo invasor, muy bien. Pero también contra nuestros Gobiernos impopulares.

Vamos hacia el porvenir, con el pueblo, con la juventud, con las fuerzas futuras. Sólo podrá detener el avance del imperialismo, una América nueva.

MANUEL UGARTE

No publicado antes. Envío especial para REPERTORIO AMERICANO.

¹ Por haberse recibido este mensaje y el de Henry Barbusse con algún retardo no fué posible darlo a conocer durante el meeting con los que enviaron de Europa, América y Asia notables personalidades políticas, Partidos de izquierda, artistas, escritores etc. De Manuel Ugarte sólo se leyó un breve y expresivo telegrama anunciando este mensaje. (Secretaría de la célula de la Apra en París).

Suscríbese al REPERTORIO AMERICANO y recomiéndelo a sus amigos.

Párrafos encendidos del doctor Agustín Nieto Caballero

=Tomados del folleto A NIETO CABALLERO: *Sobre el problema de la educación nacional*. Bogotá. 1923.=

Por una amarga ironía de la suerte aparecimos de la noche a la mañana como enemigos encarnizados del Magisterio colombiano. A nadie como a nosotros mismos pudo sorprender esta singular metamorfosis de nuestra personalidad. Dedicada íntegramente nuestra juventud a una labor docente, levantada en alto por nosotros mismos la bandera de las reivindicaciones de la escuela pública, y ofrecida aquí y allí nuestra amistad sincera a los servidores de la instrucción, pudo caber en nuestro pecho el anhelo de merecer, si no el reconocimiento, al menos la estimación de los maestros de nuestra patria. Si algún triunfo esperábamos en nuestra vida, era éste. Equivocámos por desgracia el camino para alcanzarlo, y sin embargo no podemos arrepentirnos de ello. Era preciso decir toda la verdad al inquirir sobre las condiciones que deben llenar los maestros de escuela, por ser ellos quienes primordialmente encauzan la inteligencia, los sentimientos y la voluntad de los futuros ciudadanos.

No se podrá ser jamás demasiado exigente a este respecto. Por algo Edmundo Claparède, el profundo psicólogo suizo, nos decía en su Instituto de Ginebra: «Hemos fundado este Centro para el estudio de las Ciencias de la Educación, porque en Suiza no abundan los maestros científicamente preparados», y el gran Dewey se quejaba en las visitas a las escuelas americanas de no hallar sino muy de tarde en tarde «un verdadero maestro». Pero aquí nos aconsejan atarnos una piedra al cuello y arrojarlos al agua antes que proferir cosa semejante. En efecto, hemos escandalizado a más de un inocente con la idea peregrina de que la ciencia pedagógica contemporánea no ha cruzado aún el dintel de nuestras escuelas primarias. Y se ha pretendido que denigráramos el magisterio... Mas cuando alguien, queriendo desautorizar nuestro clamor en un agudo problema de interés social, nos lanzó a la cara, como un insulto, el soberbio vocablo de «maestro de escuela», ignoraba que por merecer ese título—por merecerlo, entiéndase bien—hemos luchado los diez años de acción que llevamos vividos, y lucharemos aún, con este fin, los pocos o muchos que nos queden por vivir. No es más nuestra ambición, pero no es menos, y es una gran ambición.

Si el problema de la formación de maestros nos obsesiona, es porque sentimos que en él se compendia todo el futuro de nuestra nacionalidad. No hemos pedido nunca que importemos extranjeros que vengan a encargarse de la dirección de nuestras escuelas públicas. Somos demasiado celosos de la formación del alma nacional para que tal cosa propusiéramos. Lo que hemos que-

rido y queremos con todo el anhelo del bien patrio que cabe en nuestro pecho, es la venida de una gran misión de educadores que forme científicamente a los maestros que luego han de tomar en sus manos las riendas de la escuela pública. Ayunas andan nuestras escuelas en asunto de metodología moderna. Es de toda evidencia—no vale siquiera la pena anunciarlo—que un profesor extranjero no puede venir a enseñarnos lengua materna, ni geografía del país, ni historia patria, pero sí que puede venir a explicarnos cómo se enseñan, a la luz de ciencias renovadas, éstas o las otras materias. No es el contenido de la enseñanza lo que el extranjero vendrá a determinar en estos casos, sino la metodología en sus diversas ramas. En matemáticas y en ciencias biológicas y en todos aquellos otros departamentos del saber que no admiten fronteras, el extranjero podrá hacer una y otra cosa.

Pero no esperemos en ningún caso que un solo hombre, así sea de poderosa su inteligencia, abarque las múltiples especialidades de las diversas ciencias. Estos hombres que todo lo dominan sólo moran ya entre nosotros. Ni en Europa ni en Estados Unidos, ni en el Japón siquiera, podríamos conseguirlos hoy. La división del trabajo social va haciéndose cada vez más exigente, y el profesor especialista en ciencias físico-químicas, pongamos por caso, frunciría el ceño si lo interrogáramos sobre los lineamientos generales de un curso de contabilidad. La Misión que pedimos para formar un Instituto Pedagógico, digno de este nombre, es, pues, una misión numerosa.

Insistimos sobre este punto, porque no falta quien crea que con un conferenciante de labia que nos venga implantaremos la reforma. Conferencias de todos los géneros y oradores en toda la gama de la elocuencia tenemos en número apreciable. Necesitamos trabajadores silenciosos, y éstos son los que escasean aquí.

Ha sido un viejo pensar en nosotros que el maestro, como el sacerdote, no deberían tener copartidarios. Si éste busca salvar almas para el cielo, aquél busca salvar almas para la patria y fuerzas para la humanidad. Por definición parecen estar, unos y otros, no más allá ni más acá de los intereses de los partidos, pero sí en un plano diferente de ellos.

«La nueva escuela o Escuela Activa—escribíamos—representa un espíritu nuevo en los sistemas de enseñanza y no una tendencia sectaria. Es neutra, tiene forzosamente que ser neutra, como neutra ha sido también la escuela vieja, en los países en donde una diversidad de religiones impone

esta neutralidad, pero puede muy bien ser protestante en Alemania, budista en Oriente, judía en Palestina, católica en Colombia».

A la verdad no hemos llegado a sentir en nuestra entraña el sentimiento de una madre; pero si quien escribe hubiera pensado en el sentimiento de un padre, reclamaríamos lo que por derecho propio nos pertenece, porque la escuela cuya *Alma Mater* hemos contribuido a formar, ha sido, es y será—lo hemos dicho y creemos haberlo probado—una amable prolongación de nuestro mismo hogar.

En cuanto a la inspiración católica para los métodos de enseñanza, ¿qué decir? Que hoy no sabemos de ninguna religión que pretenda implantar una metodología especial. La ciencia entrega lo mismo al católico que al protestante y al mahometano los resultados de su experiencia, y los que en nombre de una fe mal entendida se enfrentan a las conquistas científicas de su tiempo, son aplastados por el carro del progreso, irremediablemente. A este tópico dedica su importantísimo libro *La Iglesia y el Siglo* el Arzobispo Ireland.

Recordamos ahora el pensamiento de un ilustre canónigo francés: «Hay poca probabilidad de que las palabras de justicia y de verdadera libertad sean oídas en medio de las disputas ardientes. Pero hay que pronunciar esas palabras, porque la violencia pasa y la justicia queda; el error al fin se hunde, y la verdad conquista entonces la supremacía a que tiene derecho».

Ha venido a nuestra mente la nota de progreso que nos trae el hidroavión, y se nos ocurre pensar que el hidroavión es un símbolo. Pasa por sobre nuestros míseros villorios como pasa un cometa, envuelto en el misterio de lo inconocible. En un principio los chiquillos de las aldeas ribereñas se sobrecogieron de pavor con la presencia y el estruendo del nuevo monstruo que anunciaba un cataclismo, y aun se cuenta de muchos que elevaron hacia él sus oraciones. Luego, así como se acostumbra el ojo del animal y el del hombre a los más esplendentes fenómenos de la naturaleza cuando ellos se tornan habituales, así también los ojos de los olvidados moradores del Magdalena familiarizándose con la vista del monstruo inofensivo, que regularmente volaba sobre sus cabezas cuatro veces en cada cuarto de luna, y continuó siendo una misma la miseria del espíritu y uno mismo el abandono material y moral de aquellas generaciones raquílicas, que vegetan calladamente bajo el vuelo vertiginoso de las óptimas naves aéreas europeas y bajo las ondas hertzianas de la más potente estación inalámbrica del continente.

Si los adelantos materiales del siglo van llegándonos, pero ni el aeroplano, ni el tren eléctrico, ni el cable aéreo, ni la draga monstruo, lograrán sacudir la entraña de este pueblo resignado y triste, como lo

lograría en feliz gestación la reforma sustancial de la escuela que hoy tenemos. Esta sí que es una reforma básica, una reforma sin engañosos espejismos, puesto que va de dentro para afuera, puesto que toma al elemento hombre y lo convierte en fuerza productora y consciente. Las naciones se consolidan ante todo por sus hombres, y mientras cada generación que llega no haga cuanto le incumbe por formarlos, una inquietud patriótica debe vibrar sin descanso en lo más íntimo de nuestro espíritu.

Situado el estudio del problema en su raíz, no es difícil hallar que el mal primordial de nuestra escuela actual reside en la carencia casi total de educadores. ¿Y qué vale la escuela sin el espíritu amable y estudioso que le da calor y luz? ¿Qué vale sin el alma comprensiva que enseña y educa con la alegría que sólo da la vocación? ¿Qué vale mientras no sople en ella el cálido aliento de la idea hecha sentimiento y del sentimiento hecho acción? Algunos viejos maestros hablan de su experiencia... La experiencia es sin duda una fuerza para el experimentador; mas para el hombre rutinario es precisamente lo inverso: es un peso muerto; es la cristalización del error; es la pereza convertida en hábito. Así es como un fósil representa una experiencia de dilatado tiempo.

Con maestros de esta suerte de experiencia, las estadísticas de aumento en nuestra población escolar resultan de una ironía dolorosa. «Lo que aumenta en un tanto por ciento son las víctimas de la escuela pública», podríamos decir con la misma elocuencia y la misma certeza de los números que se enfilan secamente, para que hablen solos, en las memorias oficiales. No; no será nunca el número de escuelas y la fría estadística de los asistentes escolares lo que mostrará la grandeza y el progreso cultural de un pueblo. Sólo la calidad de la escuela puede sugerirnos la clara idea de un porvenir venturoso para la nación. Sin duda se os habrá ocurrido alguna vez sentaros en el banco de una de nuestras escuelas públicas y observar con atención desprevenida la manera como allí se enseña. Y como hasta vuestro oído habrá llegado ciertamente ese maravilloso rumor de vida nueva que nos trae la obra de Dewey, de Ferrière, de Decroly, de Claparède, de Kerschensteiner y de tantos otros fervorosos apóstoles de la redención escolar que conmueve hoy a Estados Unidos y a Europa, seguros estamos de que habréis sentido la tentación de fijar sobre la puerta de cada escuela pública un rótulo en grandes letras que dijera así: «Se necesita un maestro». Mas para hallar uno solo, buen trecho habría que andar. Con certeza pudiéramos decir que en pedagogía hemos llegado al reinado de la mediocridad, y en él continuaremos mientras el método dogmático no ceda al intuitivo y al experimental. Y mientras una educación más práctica y más idealista a un mismo tiempo no haga

estallar los viejos moldes que comprimen el cerebro y el corazón del niño. ¡Infelices niños los de nuestras escuelas públicas! ¡Cuántos hay que no saben sonreír, o que si sonríen se ocultan del maestro para hacerlo, porque la alegría es irrespeto! ¡Cuántos hay que sienten hambre y frío, y así se les obliga a repetir las abstrusas enseñanzas que no entienden y que jamás les servirán de nada! ¡En cuántos se habrá apagado la llama de una viva inteligencia al soplo frío de la incompreensión! Y en cuántos se estará deslizando ya, bajo la noble llama extinguida, la sierpe del rencor que envenena las almas y las torna enemigas de la sociedad.

Convengamos en que el caso del maestro es único. Ya se ha hecho notar que para la sola carrera que no se exige adecuada preparación y determinada competencia es para la del Magisterio, la más delicada y quizá la más trascendental de todas las carreras... Al ingeniero inhábil no se le solicitan trabajos; el abogado ignorante y torpe vive sin pleitos; al mal médico lo abandona la clientela; pero el maestro, por incompetente que sea, va a regentar una escuela indefectiblemente. Hasta para el profesor de universidad existe como sanción el vacío que le decretan los alumnos. Sólo los chiquillos de las escuelas son las víctimas que no conocen siquiera el derecho a la protesta. Mas, ¿cómo se ha de parar mientes en la consecución del maestro, si maestro de escuela, en el criterio general de nuestras gentes, puede ser cualquiera; si precisamente este es el hombre que fracasó en todos los demás oficios y que si buscó una beca en la Normal fue empujado muchas veces por el hambre y no por la vocación?

Ser maestro de escuela debería implicar una cima en los anhelos de un espíritu fundamentalmente patriótico. El maestro forma al ciudadano y el ciudadano es la Nación. Un alto fin, una meta llena de atracción, en suma un ideal: esto debiera significar el Magisterio, y es apenas, cuando llega a ser algo, un mísero peldaño en el comienzo de una vida. Con frecuencia oímos decir, de gente que ha subido a las alturas a que da acceso franco nuestra democracia: «Ese hombre fue de mozo maestro de escuela, y ya ven ustedes a dónde ha llegado». Y al decir de esta manera se entiende que haber sido maestro de escuela vale tanto como haber sido maestro remendón, albañil o carpintero.

¡Santa unción la del verdadero maestro! No vivir sino para el estudio y la investigación. Ser un cruzado de la bondad y de la ciencia. Mantenerse en un perpetuo hervor de iniciativas. Reconstruir perennemente el acervo de los conocimientos para compartir la alegría del trabajo creador del estudiante, y presentarse a él cada mañana con el ánimo fresco y el corazón repleto de esa serena y viril alegría que dan al investigador el estudio y la medita-

ción. Saberse *estudiante* entre los propios alumnos y no considerar como una humillación el colaborar con ellos. Ser un ejemplo en rectitud moral y una alta conciencia para impartir justicia. Saber ser niño y filósofo a la vez. Sentirse digno—¡oh enorme responsabilidad!—para trazar un rumbo a las generaciones que llegan.

«Dondequiera que algo está creciendo, dijo Horacio Mann, un formador vale por mil reformadores», y el maestro es el supremo formador. No; no es tarea fácil modelar un carácter, forjar una voluntad, orientar un corazón, desarrollar una inteligencia, formar un hombre!

El mundo va a pasos de gigante, y el hombre que no remoja diariamente sus estudios corre el peligro de quedarse en pañales, sentado sobre el propio libro que tomó un día por el summum de la sabiduría. En 17 años, qué de cosas han pasado por el mundo de los sistemas de enseñanza! ¡Qué de conquistas ha hecho el niño en la conciencia de los educadores! ¡Cuánto camino han recorrido, para encontrarse y caminar hombro a hombro, el maestro y el estudiante! ¡Cuán honda ha sido la transformación de los métodos con la aparición de la Escuela Activa, qué convirtió de un golpe la monótona escuela del pasado en el laboratorio, en el taller, en el campo libre, donde los más diminutos escolares trabajan y crean!

Revolución semejante a la introducida por Copérnico, nos dice ese gran sabio que lleva el nombre de John Dewey: ¡Por fin el niño es el centro de todas las preocupaciones en la escuela. Por fin el niño es un sol!

Un nuevo concepto de la disciplina ha volcado las costumbres y mañas de la vieja escuela. La Escuela Nueva busca por sobre todo un amable desenvolvimiento del espíritu de cooperación social. Así, en las clases no se impone ya aquel trabajo aislado y silencioso de cada alumno, ni aquella torpe repetición en coro que nos vino de la escuela china. Reina allí la animación de un taller. Es aquella una verdadera colmena con su fecunda actividad, desordenada en apariencia. Hay poco orden, dice el mismo Dewey, cuando las cosas están en proceso de construcción.

No hay, pues, en la Escuela Nueva brazos cruzados, posiciones fijas para el cuerpo, labios sellados por orden superior. La disciplina confusa que allí brota es la disciplina profunda y amplia que procede, como lo anuncia el gran psicólogo, de tomar parte en un trabajo constructivo. El niño vive en un ambiente de libertad fecunda, en una pequeña sociedad embrionaria que lo prepara para la sociedad del futuro. La escuela es así una parte de la vida y no una institución al margen de ella.

Ahora bien, para implantar estas cosas y tantas otras más que son ya nervio y sustancia de la pedagogía, ¿no necesitamos de técnicos que nos inicien en ellas? Una cosa

es el patriotismo y otra la necia pedantería que pretende aislarnos del mundo civilizado.

La reforma de la escuela pública más trascendental que se lleva a cabo en nuestros días es sin disputa la de los Estados Unidos, aunque no sea allí donde residen los más importantes centros para el estudio de las ciencias de la educación. En una nación vieja no hubiera penetrado jamás tan rápidamente y hasta el nervio de las clases

populares esta honda reforma de la escuela dogmática y severa. Las naciones viejas producen los genios y los grandes espíritus equilibrados, y crean los núcleos de renovación espiritual que brillan como faros, justamente por estar aislados; pero son incapaces de convertir los nuevos principios renovadores en sentimiento nacional, mucho menos en rodajes administrativos que no pasen de ser mera teoría. Es así como vemos naciones europeas que revolucionan al mundo con su pensamiento y no obstante

permanecen dentro de los indestructibles muros de un conservatismo milenario.

Confiemos, pues, con ciega fe, en que la reforma de nuestra escuela es posible, y no cerremos el paso a los hombres de ciencia, así sean ellos rubios y *ojiazules* y hayan tenido la mala suerte de nacer lejos de nuestra zona. Formemos patria, pero una patria generosa y fuerte, nutrida de la savia cerebral y de los fecundos ideales que conmueven hoy al mundo.

A. NIETO CABALLERO



LA EDAD DE ORO

Lecturas para niños

(Suplemento al Repertorio Americano)

La muerte de Milord

A mi amigo ESTEBAN CASTRO

Un escritor ha dicho que la última desgracia del que se muere es la necrología; si así es, yo voy ahora a completar la obra de los victimarios de Milord; y añadir una postrera desgracia, a la que ayer tuvo el *personaje*, cuyo nombre encabeza estas líneas, que, por no imitar a Jeremías, no las he bautizado con el nombre de *Trenos*.

Quién fué Milord, dirá alguno a quien no le llegó la fama y las acabaladas prendas del difunto; pues Milord, fué nada más ni menos que una clarísima inteligencia puesta por la naturaleza en la modesta organización de... un perro.

Al lamentar la desastrosa muerte que acaban de darle con estricnina los agentes de Policía, que nunca han hecho cosa buena que yo sepa, no me parece que doy pruebas de una sensibilidad mal educada, ni me expongo a los decires maliciosos de la gente que vale menos que el sér que ha perdido para siempre el amigo a quien van rectamente dirigidas estas torcidas y mal pergeñadas líneas.

Homero, el representante de la Musa griega, escribió la *Batrocomiomaquia*, o sea la guerra de las ranas y los ratones, haciendo cumplido elogio de muchos de estos roedores; Lucano cantó al asno; Lope de Vega inmortalizó a los gatos y Casti se ocupó de muchos animales; nada tiene, por lo mismo, que yo hable de Milord, que en vida fué más notable que las ranas y los ratones de Homero, los gatos de Lope de Vega, los animales de Casti y muchos de los racionales que han merecido pomposas necrologías, una vez que liaron el petate y se largaron para el otro barrio.

Grandes fueron los merecimientos del llorado animalito, y grande debe ser también el remordimiento de los agentes de policía, que cometieron un perricidio que clama al cielo, sin parar mientes en lo que hacían con el prójimo ni distinguir lo que va de perro a perro.

Milord, como lo indica su nombre, descendía de una noble familia de Inglaterra; y aunque fué de color negro subido, fué más blanco por su proceder e hidalguía que muchísimos hombres blancos que son negros hasta en sus entrañas. . .

Los académicos autores del Diccionario de la lengua Castellana, que no se paran ni en los pelillos de la raza canina, para decir verdades, afirman, al hablar del perro, que «es un cuadrúpedo carnívoro que tiene cinco dedos en los pies delanteros y cuatro en los de atrás, lengua suave, cola encorvada, ligereza, fuerza y olfato grande, y que es muy capaz de educación y muy leal al hombre.»

Así fué realmente Milord.

Los que lo conocimos, nunca le vimos andar en dos pies; a lo que se resolvió quizá por modestia, talvez por una amarga ironía contra ciertos bípedos bien conocidos por él.

Fué carnívoro, pero con cuenta y razón. De los enemigos del alma, el mundo y el demonio le importaban un ardite, sólo la carne le inquietaba hasta en el extremo de que no perdonó ni la que le dieron los celadores de policía; y he dicho que fué carnívoro, con cuenta y razón; porque en las témporas y la cuaresma ni la probaba, a no ser con la respectiva bula que expende la Curia eclesiástica, razón por la cual no dudo que su alma se halla en el cielo de los perros.

Que tuvo solo 18 dedos, también es una verdad; pero esto quiere decir que tuvo dos uñas menos. razón por la cual no se dedicó a ser escribano, prestamista ni hotelero.

En cuanto a su lengua, fué suave, como dice la Academia española, y no se le oyó en toda su perra vida una sola palabra áspera, ni siquiera contra la policía, en los momentos de espirar.

En la cola, exceptuóse de la regla dada por el Diccionario; desde que no fué encorvada; y no lo fué por la sencilla razón de que no la tuvo, y aunque esta circunstancia le impidió que fuera todo un Bajá de San Salvador, en cambio le proporcionó la gloria de no haber salido nunca con el rabo entre las piernas.

Por lo que hace a ligereza, fuerza y olfato grande, se perdía de vista Milord; sin embargo hay que decir, para su elogio, que nunca fué tan ligero como algunos políticos ramplones; ni abusó de la fuerza, como ciertos gobernantes; ni empleó su buen olfato para constituirse en espía de nadie, como varios sujetos degradados.

Que fué educado y leal, no hay para qué decir. Los hechos que conservan las páginas de la historia perruna lo dicen elocuentemente y a voz en cuello.

Ni cómo había de ser sino educado, cuando era el perrito de todas bodas y visitaba a los amigos de su casa y concurría a las tertulias, veladas literarias, conciertos y hasta a las aulas de la Universidad, donde su señor y dueño daba lecciones de Gramática! Allí, no sólo se educó, sino que se ilustró muchísimo, de ahí es que para él era una bicoca Vg. con-
jugar en la clase el verbo dormir en todos sus modos

y tiempos, como lo hacían los alumnos más adelantados.

Su lealtad no pudo ser mayor: fiel y agradecido a los beneficios, si Milord hubiera abrazado la carrera de la política, jamás hubiera medrado, y al sucumbir con su partido, estoy seguro de que se hubiera quedado solo, como el perro de los buques normandos, ladrando a la tempestad. A él sí que no podía comprársele con una diputación o cualquier otro empleo; a una propuesta semejante habría contestado: a otro perro con ese hueso! dando así testimonio de que no es cierto el adagio que dice: «por la plata baila el perro».

Serio, circunspecto y lleno de gravedad, al fin descendiente de ingleses! se le veía siempre mirando por sobre el lomo a los perros más encopetados, aunque fuera un terrible bulldog, a quien le podía alzar la pata y... despreciarlo, lo mismo que a cualquier perrillo faldero.

No hay duda, Milord era de la casta de aquellos perros del tiempo en que se les amarraba con longanizas, vista su honradez acrisolada, pues nunca tuvo ni siquiera la tentación de dar cuenta del queso y la carne de las cocineras, a pesar del mal ejemplo que éstas suelen dar a perros y gatos, infringiendo el 7.º mandamiento de la ley de Dios.

Tal es el sujeto que acaba de ser envenenado *inhumanamente* por la policía. Muerto el perro se acaba la rabia... de los celadores, pero debe comenzar la acción de los tribunales de justicia para castigar el delito.

El célebre perro chileno, llamado *Cuatro remos*, fué enterrado por la corporación de los bomberos de Valparaíso, que le han elegido una columna de mármol, y posteriormente consagrado a su memoria un libro de muchas páginas.

Milord debe también ser inmortalizado con una estatua, que, por vía de desagravio, sea erigida por el cuerpo de celadores, debiendo ponerse en la base del monumento esta sencilla inscripción:

A MILORD,

VÍCTIMA DE LA IGUALDAD ANTE LA LEY.

{Los celadores arrepentidos.

Descanse en paz el notable can, y reciba el amigo señor Castro mi pésame sentido.

FEDERICO PROAÑO

Ecuador.

Como el alpaca solitaria

Una vez, en los Andes soberanos, por no se sabe qué extraordinaria sucesión de esfuerzos, había logrado subir el penúltimo pico de la cúspide misma del desolado ventisquero del *Planchón*, un alpaca de color tan puro como la no medida plancha de hielo que le servía de pedestal. Descendiendo por la vertiginosa pendiente del ventisquero y hundiéndose en los cóncavos senos de la tierra con todo el fragor de los truenos repetidos mil veces por los ecos subterráneos, dos torrentes furiosos azotaban la mole en que el alpaca se aislaba. Las oleadas la sacudían, las espumas la salpicaban, los horrisonos truenos la amenazaban y la tímida alpaca no temía.

Muy por debajo de la cumbre, al pie del ventisquero, una turba de enfermos que habían ido a buscar la curación de sus dolencias o de sus pasiones en

aquella salúfiera desolación, se entretenía contemplando la angustiosa lucha entre el débil andícola y los fuertes Andes; y, como siempre que los hombres se entretienen, los unos se mofaban del débil, los otros celebraban con risotadas las irracionales mofas, éstos tiraban piedras que no podían alcanzar al inaccesible animalito, aquéllos trataban de acosarlo con sus vociferaciones, alguno que otro lo compadecía, sólo uno tomaba para sí el ejemplo que él le daba, y todos deseaban que llegara el desenlace cualquiera que esperaban.

Mientras tanto, el alpaca solitaria, indiferente a los gritos y a las risas de los hombres, impasible ante el estruendo y el peligro, buscaba un punto de apoyo en la saliente de hielo petrificado que coronaba el ventisquero, y después de caer una y más veces, logró por fin encaramarse en el único seguro de aquel desierto de hielo desolado. Entonces, conociendo por primera vez el peligro de muerte que había corrido, y oyendo por primera vez las vociferaciones que lo habían acosado, dirigió una mirada plácida a los hombres, a los torrentes desenfrenados y al abismo a donde habían tratado de precipitarlo, fijó la vista en el espacio inmenso, y percibiendo sin duda cuán invisible punto son los seres mortales en la extensión inmortal de la naturaleza, transmitió a sus ojos expresivos la centelleante expresión de gratitud que a todo ser viviente conmueve en el instante mismo de su salvación; y dirigiendo otra mirada sin encono a las fuerzas naturales y a los hombres que lo habían acosado, por invisibles senderos se encaminó tranquilamente a su destino.

En el alma de todo ser racional que ha logrado salvar las dificultades de una obra trascendental, se manifiesta el mismo fenómeno que observé en el alpaca descarriada de los Andes. Por encima de toda pasión odiosa se levanta en el fondo el sentimiento de la gratitud.

EUGENIO M. HOSTOS

Puerto Rico.

Scott

Exploración al Polo Sur en 1916.

La actitud de Scott ante el deber de concluir triunfalmente una expedición en la que su patria tenía puesta su alma, y el pequeñísimo de no abandonar en el camino a un compañero ya moribundo, no ha sido superada hasta hoy por héroe alguno.

Decimos mal: El heroísmo es uno solo, absoluto y cumplido totalmente en sí mismo, sea cual fuere la causa que lo encendió. No caracterizan el acto heroico sus consecuencias, sino la entrega incondicional de la fe a un sentimiento puro. Scott pudo haberse salvado por poco que hubiera creído que la gloria de la patria, el orgullo de su hazaña, el amor de su familia, pesaban más en su corazón que la vida de un hermano en el infortunio. Nada costaba a Scott cerrar los ojos ante el destino de un nuevo compañero de expedición que caía a su vez. A un kilómetro escaso estaban la vida, la salud, el triunfo, la gloria. El conservaba fuerzas para alcanzar el puesto de abastecimiento; su compañero, no. Scott permaneció a su lado, y la muerte sobrecogió a ambos.

Todo, en la expedición de Scott al Polo Sur, fué una serie de infortunios desde el principio al fin. Nunca la fatalidad ha conducido una empresa al desastre con tal mano de hierro.

Desde luego, la ruta polar, trabajosamente estudiada por Scott, propiedad suya, podría decirse, y de la que un explorador con mayor fortuna debía en

esos días aprovecharse para su triunfo, con no muchos escrúpulos, a lo que se dice. Luego, el fracaso de los ponneys de tiro. Más adelante la hostilidad sin tregua del tiempo, las casualidades convertidas en brújula de muerte; lo inesperado y sin remedio, a cada instante de una noche barrida constantemente por vientos con una velocidad *media* de ciento veinte kilómetros por hora.

La llegada al Polo Sur, por fin, para hallar izada ante la expedición, y apenas desde días atrás, el pabellón de Amundsen.

El regreso no fué menos hostil. Pudo haberse esperado que la fatalidad no se ensañara más con una expedición batida y en derrota; pero no fué así. Las fatigas y miserias llegan a ser tales, que los escasos sobrevivientes, con excepción de Scott, enferman. El jefe de la expedición, a pesar de las protestas, se detiene. Uno de aquéllos, no pudiendo convencer a Scott de que debe continuar el regreso, sale por un instante tambaleándose, y no vuelve más: Se ha pegado un tiro, para liberar de sí mismo a la expedición.

Sin recurrir a ese extremo, los demás enfermos van cayendo. Llega un instante en que Scott queda solo con un compañero, ambos en estado de extrema miseria. Llegan arrastrándose hasta un kilómetro del puesto de abastecimiento. Allí están los alimentos, el fuego, la inenarrable felicidad de recuperar la vida. Scott conserva aún fuerzas para alcanzar solo hasta allá. El moribundo lo sabe, e insta llorando a su jefe a que lo haga. Scott *siente* a su vez que no puede abandonar a un compañero de infortunio y salvarse solo. Queda a su lado, debilitándose de hambre y frío; y cuando la expedición salvadora llega por fin, halla acostado y muerto a Scott, con la pluma aun en la mano. En la carta que deja inconclusa recomienda al gobierno de su país que vele por su mujer e hijas, pues él no deja bienes ningunos de fortuna.

¡Gran Scott! Tu actitud nos resarce de unas cuantas iniquidades cometidas con el nombre de gloria.

HORACIO QUIROGA

Rep. Argentina.

Bibliografía titular

Los impresos de la semana

De los Autores:

José Vasconcelos (14 Rue Saints-Peres, París): *Indología*. Una interpretación de la Cultura iberoamericana. «Agencia Mundial de Librería». PARÍS.

Francisco García Calderón (27, Remusat, París): *Europa inquieta*. «Mundo Latino», Madrid.

Luis Alabart Ballesteros. (Vía Layenata, 11, Barcelona, España): *Preparación y Desarrollo de Lecciones de Cosas*. Comprende seis series: Objetos usuales, animales, vegetales, minerales, productos industriales y experimentos. J. Luis Romero, Librero-Editor. Barcelona. 1926.

Jorge Reyes. (Quito, Ecuador): *Treinta Poemas de mi tierra*. Quito. 1926.

Córdova Iturburu (Venezuela Núm. 30, Quito, Ecuador). *La Danza de la Luna*. Poesías. Sociedad de Publicaciones «El Inca» Buenos Aires. República Argentina.

Luis Tablanca (Bogotá, Colombia). *Tierra encantada*. Novela. Juan Casis, Editor. Bogotá. MCMXXXVI.

Julio V. González (Cangallo 499, Buenos Aires, Rep. Argentina): *La Reforma Universitaria*. Tomos I y II. Ediciones de la Revista *Sagitario*. Buenos Aires. 1927.

Félix Lisazo y José Antonio Fernández de Castro (Dirección de Lisazo: Comisión de Registro Civil, Habana, Cuba): *La Poesía Moderna en Cuba, (1882-1925)* Antología crítica, ordenada y publicada por F. L. y J. A. F. de C. Madrid. Librería y Casa Editorial Hernando. 1926.

Vicente Huidobro (41, Rue Victor Massé, París): *Vientos contrarios*. Editorial Nascimento. Santiago, Chile. 1926.

J. M. Puig Casauranc (Secretaría de Educación, México, D. F.): *De otros días*. Cuentos de la costa y cuentos crueles. México. 1926.

De don José E. Machado, Caracas: Venezuela:

Aristides Rojas: *Estudios Históricos*, Serie primera y segunda. Caracas. 1926.

Aristides Rojas: *Campo de Nardos*. Caracas. 1926.

De don Ml. S. Sánchez, Caracas: Venezuela:

Venezuela en el Centenario del Congreso de Panamá. Caracas. 1926.

Julio Planchart: *Reflexiones sobre novelas venezolanas con motivo de La Trepadora*. Caracas. 1927.

C. Jiménez Rebolledo: *La maniobra de Carabobo*. (Estudio histórico militar). Caracas. 1925.

S. Key Ayala: *Los nombres de las esquinas de Caracas*. Tradiciones y Tradicionistas. Contribución al Folk-lore Venezolano. Caracas. 1926.

De don Vicente Dávila, Caracas: Venezuela:

Blas José Terrero: *Teatro de Venezuela y Caracas*. Caracas. 1926.

De la Casa Espasa-Calpe, Madrid:

Oswald Spengler: *La Decadencia de Occidente*. Bosquejo de una morfología de la Historia Universal. Segunda parte. Perspectivas de la Historia Universal. Volumen IV y último. Espasa-Calpe. S. A. 1927.

De don Manuel Roy, Instituto Nacional de Panamá, R. de P.:

Enseñanzas de las lenguas en el Instituto Nacional. Panamá. 1927.

Sábados Literario-Musicales del Instituto Nacional. 1926-27. Panamá. R. de P.

Más referencias y extractos de estas obras, se darán en próximas ediciones

Libros en venta en la Administración del REPERTORIO

Arturo Capdevila: <i>América</i>	₡ 4.00
José Carlos Mariátegui: <i>La escena contemporánea</i>	3.00
Medardo Angel Silva: <i>Poesías escogidas</i>	2.00
Leopoldo Lugones: <i>Odas seculares</i>	4.00
» » <i>Las fuerzas extrañas</i>	4.50
R. A. Arrieta: <i>Ariel corpóreo</i>	4.00
Vasconcelos, Unamuno, etc.: <i>París-América, N.º 1</i>	3.00
Benito Lynch: <i>El antojo de la patrona</i>	4.00
Adolfo Posada: <i>El régimen municipal de la ciudad moderna</i> , 1 vol. pasta.	11.00

Informaciones Sociales

Organo en español de la Oficina Internacional del Trabajo de Ginebra
Artículos de los escritores más eminentes. Noticias sobre el movimiento social en el mundo entero. Estadísticas comparativas respecto al precio de la vida y al tipo de los salarios en las principales capitales de Europa y América,

Se publica mensualmente

Precio de suscripción: 20 pesetas anuales
Número suelto: 2 pesetas.

Diríjase la correspondencia de redacción y administración a:

A. FABRA RIBAS, Apartado 3032, Madrid.
Dirección telegráfica: INTERLAB, Madrid.